

Jesús Espino

Pablo Rabasco (ed.)

Ciudad y resiliencia

Última llamada



akal

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO



Diseño interior y cubierta: RAG

Imagen de cubierta: Rogelio López Cuenca

Reservados todos los derechos.

De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© de los textos, los autores, 2020

© Ediciones Akal, S. A., 2020

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4990-6

Control Social, territorio y tecnopolítica en el mundo poscovid

Pablo de Soto



En diciembre de 2019 surgía un brote de casos de neumonía en la ciudad de Wuhan, capital de la provincia china de Hubei. El foco se establecía en un mercado mayorista de marisco, pescado y animales salvajes. El doctor Li Wenliang, un oftalmólogo del hospital central de la ciudad, fue el primero en advertir a las autoridades y en redes sociales sobre el brote. La policía de Wuhan le amonestó por «falsos comentarios sobre un brote de SARS sin confirmar». El 7 de febrero Wenliang moría por el efecto de la enfermedad causada por el virus.

El 7 de enero de 2020, las autoridades chinas identificaron como agente causante del brote un nuevo virus de la familia *Coronaviridae* que fue denominado SARS-CoV-2. La secuencia genética fue compartida por las autoridades chinas el 12 de enero. La transmisión del SARS-CoV-2 se produce mediante las pequeñas gotas de saliva que se emiten al hablar, estornudar o toser. Al ser despedidas por un portador, que puede estar incubando la enfermedad o ser asintomático, pasan directamente a otra persona mediante la inhalación. O quedan sobre los objetos y superficies que rodean al emisor, y luego, a través de las manos, que lo recogen del ambiente contaminado, toman contacto con las membranas mucosas orales, nasales y oculares, al tocarse la boca, la nariz o los ojos.

La enfermedad causada por este nuevo virus se ha denominado por consenso internacional covid-19. Produce síntomas similares a los de la gripe, entre los que se incluyen fiebre, tos seca, disnea, mialgia y fatiga. En casos graves se caracteriza por producir neumonía, síndrome de dificultad respiratoria aguda, sepsis y choque séptico que conduce, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), a cerca del 3,75 por 100 de los in-

fectados a la muerte. No existe tratamiento específico; las medidas terapéuticas principales consisten en aliviar los síntomas y mantener las funciones vitales. Los síntomas aparecen entre dos y catorce días, con un promedio de cinco días, después de la exposición al virus.

El Comité de Emergencias del Reglamento Sanitario Internacional declaró el brote como una emergencia de salud pública de importancia internacional en su reunión del 30 de enero de 2020. A través del tráfico aéreo internacional y las cadenas globales de suministros el virus se comenzó a propagar masivamente, afectando a casi todos los países. La OMS lo reconoció como una pandemia global el 11 de marzo de 2020, con casos confirmados en 216 países, el 85 por 100 de las 251 entidades reconocidas por las Naciones Unidas. El 21 de junio de 2020 habían sido reportados más de 8,8 millones de casos en todo el mundo, con más de 464.000 muertes.

Para evitar la expansión del virus y ayudar a aplanar la curva de contagios, los gobiernos decretaron el estado de alarma e impusieron el distanciamiento social, con restricciones a la movilidad y medidas de aislamiento: cierre de las fronteras exteriores, controles internos, reducción drástica del tráfico aéreo, evacuación de ciudadanos extranjeros, cancelación de eventos, cierre de establecimientos, universidades, escuelas y servicios religiosos. El movimiento entre unidades territoriales quedó prohibido. Se imponía un estado de excepción transitorio, por la vía de los Estados nacionales.

Esta serie de medidas de control eran acompañadas de sanciones rigurosas en caso de incumplimiento. En lo que a España respecta, el estado de alarma por la pandemia del coronavirus llegó a su fin el 21 de junio con más de 9.000 detenidos y casi 1,2 millones de sanciones por desplazamientos no autorizados o por participar en actividades grupales.

A medida que la covid continuó extendiéndose por todo el mundo y aumenta el número de víctimas mortales en muchos países, algunos gobiernos buscaron ayuda en la tecnología para controlar que el confinamiento domiciliario y las restricciones a la movilidad fueran cumplidas.

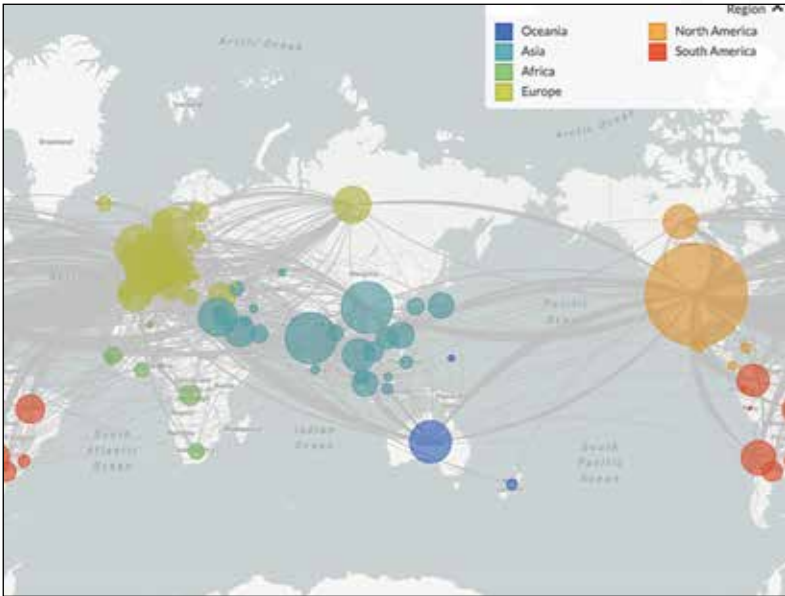


Figura 1. Visualización geográfica de la propagación del virus SARS-CoV-2 a partir de su filogenia genética, *NextStrain*, disponible en [<https://nextstrain.org/ncov/global?c=region&l=radial>].

En Hong Kong, a partir del 19 de marzo, todos los que llegaron al territorio recibieron una pulsera electrónica para garantizar que cumplieran con la cuarentena obligatoria de dos semanas.

En Polonia, el gobierno impuso el uso obligatorio de la aplicación Home Quarantine para todos los que entraran en el país. La aplicación utiliza tecnología de geolocalización y reconocimiento facial, y solicita *selfies* al azar. El usuario tiene veinte minutos para subir la autofoto desde el lugar de confinamiento, a riesgo de ser visitado por la policía.

En China, el gobierno empleó cámaras térmicas en los espacios públicos para vigilar la temperatura de los ciudadanos. Se instalaron sensores de movimiento en las puertas del domicilio de personas contagiadas para controlar el confinamiento. Se estableció un código de salud a través de la plataformas de mensajería WeChat y la de pago Alipay para valorar y etiquetar cuán «segura» es una persona. Empleando un conjunto de datos per-

sonales entregados de manera voluntaria y datos municipales, se genera un código de tres colores: verde, para «seguro»; amarillo, que exige un periodo de cuarentena de una semana, y rojo, para una cuarentena de catorce días. El programa envía la ubicación y el código de identificación del usuario a un servidor conectado con la policía para permitir a las autoridades rastrear los movimientos de las personas a lo largo del tiempo.

Bélgica, China, Francia, India, Israel, Italia, Jordania, Kuwait, España, Emiratos Árabes Unidos y Reino Unido han desplegado drones para restringir los movimientos de los ciudadanos.

Para abril de 2020, casi un tercio de la humanidad se halla en situación de confinamiento obligatorio. En paralelo al control del confinamiento, otra serie de tecnologías se empleaban para obtener los datos de posición de las personas contagiadas y sus movimientos en el territorio con objeto tanto de anticipar posibles focos de contagio como para poder modular las restricciones de un confinamiento que estaba causando enormes estragos económicos y sociales.

En comparación con el brote de 2002 de Síndrome Respiratorio Agudo Grave (SARS) y otros anteriores, la emergencia de la covid-19 está ocurriendo en un mundo mucho más digitalizado y conectado. En 2020, la vigilancia de la población no se realiza solo mediante cámaras de vídeo sino también a partir de los *smartphones* que una gran mayoría de la población lleva consigo conectados todo el tiempo a internet. Esta posibilidad llevó a muchos gobiernos a diseñar plataformas y aplicaciones que les permitieran rastrear los pasos de sus ciudadanos con el objetivo de controlar la propagación del virus.

ANÁLISIS AGREGADO DE MOVILIDAD

Algunos gobiernos –incluidos China, Ecuador, Alemania, India, Israel, Italia, Polonia, Corea del Sur, Taiwán y Tailandia– están utilizando el GPS a través de teléfonos móviles para rastrear a las personas, controlar cuarentenas o saber dónde podría ocurrir una propagación del virus.

Con casi 6.300 casos y más de 40 muertes registradas a mediados de marzo, Corea del Sur se alzaba como el país con el mayor brote de covid-19. El país ya contaba con la experiencia de haber sufrido la epidemia del Síndrome Respiratorio de Oriente Medio (MERS) en 2015, y existe toda una cultura de cómo enfrentar colectivamente una epidemia. En vez de poner en marcha medidas agresivas como controles de inmigración o confinamientos, Corea del Sur montó una estrategia consistente en trazar, testear y tratar. Además de realizar numerosos test, la política del gobierno coreano ha sido localizar la mayor cantidad de casos y aislarlos. Para ello, las agencias gubernamentales han venido recolectando las grabaciones de las cámaras de vigilancia, los datos de localización de los *smartphones* y los registros de las compras con tarjetas de crédito para ayudar a trazar los movimientos de los pacientes de covid y establecer las cadenas de transmisión del virus. Estos datos se publican y se muestran en distintas aplicaciones, a través de una Application Programming Interface (API) dedicada.

A partir de la API pública, han surgido una gran cantidad de servicios de mapas que geolocalizan a los infectados confirmados. Estos mapas incluyen la información por distritos de las rutas de los pacientes anonimizados registrados en los últimos 18 días. Estos servicios han sido posibles gracias a la rigurosa política de transparencia del Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Corea del Sur (KCDC). Por su parte, los gobiernos municipales y de distrito envían alertas de emergencia de forma regular a los teléfonos de sus habitantes para informar sobre cualquier nuevo caso del coronavirus.

El control de los enfermos y pacientes en cuarentena se lleva a cabo a través de una aplicación de *smartphone* desarrollada por el Ministerio de Interior y Seguridad, que permite que las personas que han recibido la orden de no salir de casa se mantengan en contacto con los trabajadores sociales e informen sobre su progreso. También usa GPS para rastrear la ubicación de los usuarios y asegurarse de que no rompan la cuarentena. Denominada «protección de seguridad de autocuarentena», está destinada a ayudar a gestionar el creciente número de casos y prevenir a

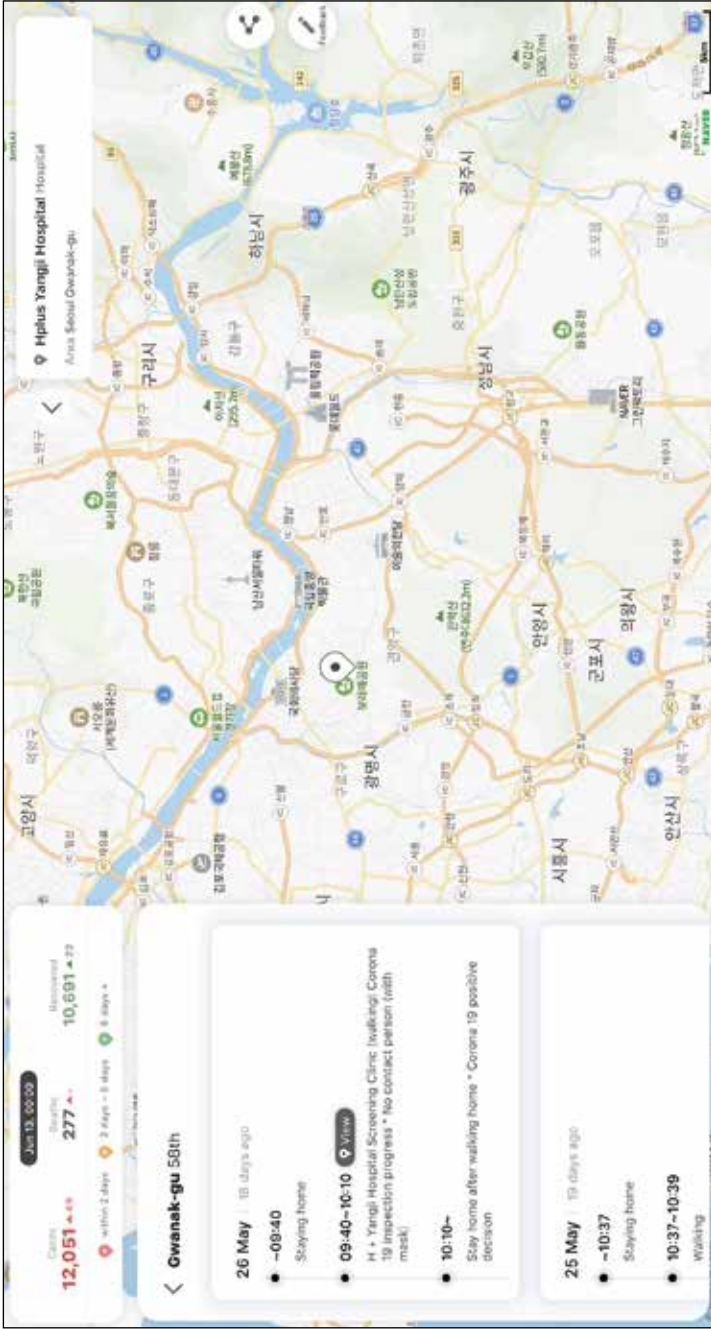


Figura 2. Mapa de seguimientos de pacientes de covid-19 en Corea del Sur, *Corona Map*, Corea del Sur, disponible en [<http://coronamap.site>].

los «grandes propagadores», responsables de muchas infecciones. Dicha aplicación envía alertas, permite monitorizar la localización y, según las autoridades, es una forma más práctica que tener que llamar por teléfono a la población afectada para saber si cumple las recomendaciones.

Esta cantidad de datos y transparencia no está exenta de problemas. La caza *online* de infectados busca identificar y detectar a los portadores del coronavirus, lo que ha causado un clima de miedo social. También se han producido filtraciones de información personal de pacientes, algunas de las cuales han demostrado ser falsas. Para minimizar estos riesgos, el gobierno coreano cambió las especificaciones de la aplicación para que solo pudieran acceder a ella las partes implicadas, es decir, el sujeto en cuarentena y el funcionario gubernamental asignado a su cuidado.

TECNOLOGÍAS DIGITALES DE SEGUIMIENTO DE PROXIMIDAD

Una forma de tecnología digital para la vigilancia que ha recibido amplia atención en muchos países que enfrentan la epidemia de covid en los últimos meses es el seguimiento de proximidad. El seguimiento de proximidad mide la intensidad de la señal entre dos teléfonos móviles para determinar si estaban lo suficientemente cerca como para que sus usuarios transmitieran el virus de una persona infectada a otra no infectada. Si un usuario da positivo de coronavirus, otros que han sido identificados como cercanos a esa persona pueden ser notificados y, a continuación, tomar las medidas adecuadas para reducir los riesgos para la salud de ellos mismos y de otros. El seguimiento de proximidad a menudo se combina con el «rastreo de contactos».

El rastreo de contactos es el proceso de identificación, evaluación y gestión de personas que han estado expuestas a una enfermedad para prevenir la transmisión posterior. Cuando se aplica sistemáticamente, el rastreo de contactos permite cortar las cadenas de transmisión de una enfermedad infecciosa y, por lo tanto, es una herramienta esencial de salud pública para controlar los brotes de enfermedades infecciosas. Para que el rastreo

de contactos sea efectivo, los países necesitan la capacidad adecuada, incluidos los recursos humanos, para evaluar los casos sospechosos de manera oportuna. Estos recursos humanos se concretan en brigadas detectivescas de rastreadores telefónicos, que, en los países donde se ha puesto en marcha, están compuestos por perfiles variados: desde sanitarios jubilados o parados hasta cadetes del ejército o militares en la reserva. La tecnología digital puede desempeñar un papel complementario en los programas implementados de rastreo de contactos.

En el contexto de la pandemia, Singapur fue el país pionero en comenzar a usar las tecnologías digitales de seguimiento de proximidad con su aplicación TraceTogether. Esta registra la proximidad entre dos personas y la duración de su interacción, y asimismo registra a los usuarios que se encuentren a dos metros el uno del otro durante 30 minutos. Los datos se almacenan en el teléfono del usuario durante 21 días para que puedan realizar un seguimiento de las interacciones y posibles exposiciones al virus.

Una tecnología similar a la de Singapur fue desarrollada en Europa bajo el acrónimo DP-3T, que da nombre al protocolo Decentralized Privacy-Preserving Proximity Tracing o rastreo descentralizado de proximidad con preservación de la privacidad. DP-3T es un protocolo de código abierto que utiliza la funcionalidad *Bluetooth Low Energy* en dispositivos móviles y que garantiza que los datos personales y la computación permanezcan en el teléfono de cada individuo. La preocupación principal de los desarrolladores del proyecto, liderado por la ingeniera Carmela Troncoso, es mantener la privacidad creando la figura de «identidades efímeras». Una vez que una persona tiene la aplicación en su teléfono, esta genera una clave anónima que va «refrescándose» y cambiando cada cierto tiempo. Se trata así de un sistema descentralizado donde tanto la geolocalización como la lista de contactos no se guardan en un ordenador central en manos de la autoridad, sino que están en las manos de las y los usuarios: los datos se quedan en el teléfono de las personas y solo ellas pueden activar la alerta.

El protocolo DP-3T fue producido por un equipo de más de 25 científicos e investigadores académicos de toda Europa, y ha

sido analizado y mejorado por la comunidad internacional de desarrolladores de *software* libre y criptografía. Toda la documentación puede encontrarse en un repositorio de GitHub y hasta existe un pequeño cómic, elaborado por el propio equipo y traducido a múltiples lenguas, que explica mediante viñetas el diseño y funcionamiento de la tecnología.

Inspirados por el protocolo DP-3T, los gigantes tecnológicos Apple y Google llegaron a un acuerdo conjunto para implementar un protocolo de interoperabilidad en sus sistemas operativos iOS y Android que permite el desarrollo de aplicaciones móviles con la funcionalidad de seguimiento de proximidad.

La idea detrás de la tecnología digital de seguimiento de proximidad es que funcione en los móviles sin que tengamos que hacer nada. Cada vez que te acercas a dos metros de alguien que también tenga la aplicación instalada, los teléfonos se intercambian dos códigos aleatorios generados en el momento. No se intercambia ni la identidad ni la localización. Los códigos se eliminan de los teléfonos después de catorce días, el periodo máximo de incubación del virus. Si ninguna de las dos personas da positivo dos semanas después del encuentro, es imposible que haya habido contagio. Si una persona da positivo, puede elegir publicar en un servidor sus códigos aleatorios (sin ninguna información personal) y eso avisa a los teléfonos de las personas con las que haya estado a menos de dos metros. Así, puedes saber que has estado cerca de un positivo por coronavirus y tomar las medidas adecuadas.

En España, el gobierno encomendó a la Secretaría de Estado de Digitalización e Inteligencia Artificial (SGAD) una aplicación de seguimiento de proximidad que se probaría de forma piloto en Canarias.

SOLUCIONISMO TECNOLÓGICO

Una tentación en la era digital es la de querer arreglarlo todo, desde el crimen y la corrupción hasta la polución o la obesidad, por medio de estrategias digitales de cuantificación y sus respec-

tivas *apps* o aplicaciones móviles. Es la panacea del solucionismo tecnológico: la creencia de que para cada problema hay una respuesta, más que política, esencialmente tecnológica.

La periodista canadiense Naomi Klein ha alarmado sobre las «soluciones» para los ámbitos de la sanidad o la educación ofrecidas por las corporaciones tecnológicas. Analizando el nuevo cometido de Eric Schmidt, antiguo CEO de Google que encabeza ahora una comisión para «reimaginar la realidad poscovid» en el Estado de Nueva York, Klein advierte de un posible futuro dominado por la asociación de los Estados con los gigantes tecnológicos. La autora caracteriza esta amenaza como una doctrina del *shock* pandémico, a la que denomina como el Nuevo Pacto de las Pantallas (*Screen New Deal*). Rastreo de datos, comercio sin efectivo, telesalud, escuela virtual, gimnasios y cárceles son parte de una serie de propuestas para un mañana «sin contactos». En el contexto desgarrador del contaje de muertos por coronavirus, las corporaciones estarían vendiendo, según Klein, la dudosa promesa de que sus tecnologías son la única forma posible de proteger nuestras vidas contra esta y las próximas pandemias por venir.

Porque las soluciones tecnológicas a menudo hacen tanto daño como bien, por ejemplo, al aumentar la discriminación racial, la exclusión social, la ausencia de responsabilidad y la falta de avances reales ante los problemas que supuestamente abordan.

La matemática y experta en datos Cathy O'Neil, una voz autorizada en el estudio de cómo los algoritmos aumentan las desigualdades, ha llamado la atención sobre uno de los problemas de la tecnología digital de seguimiento de contactos: depender del *bluetooth*, una tecnología que solo tienen los *smartphones*. O'Neil apunta que quienes no tengan móviles, como los presos, la gente mayor o los sin techo, serán invisibles por el sistema. Quienes no tengan un incentivo para usar la aplicación, como los inmigrantes irregulares, amenazados de deportación, y los que no puedan permitirse quedarse en casa sin trabajar, no lo harán. Y estos colectivos coinciden casi a la perfección con la población que corre mayor riesgo de infección. Para O'Neil, las

aplicaciones para seguimiento de la proximidad no funcionarán si los más vulnerables quedan fuera de su campo de acción.

Otro problema del sistema digital de seguimiento de proximidad basado en el DP-3T es que, si bien protege la privacidad, puede ser fácilmente «troleado», pudiendo crear alarma social injustificada en manos de intereses espurios. La tecnología es además especialmente proclive a la creación de falsos positivos como, por ejemplo, cuando dos personas estén separadas por una mampara.

Adicionalmente está la consideración de que la tecnología en un sentido general no existe de manera aislada del entorno en el que se desarrolla y se implanta. En ese sentido, las soluciones de seguimiento de proximidad que se han aplicado en los países asiáticos no tienen que ver solo con el procedimiento técnico en sí, sino con el grado de penetración de la tecnología, con las particularidades de sus sistemas de gobierno, con la disposición a asumir los costes en términos de privacidad, con la legislación y con la cultura del país en un sentido amplio.

PANDEMIA Y TECNOPOLÍTICA:

DATOS PERSONALES, SALUD PÚBLICA Y VIGILANCIA

La tecnopolítica es un concepto en auge que pone la atención en el papel de las tecnologías, las infraestructuras y los sistemas tecnocientíficos en la construcción de las relaciones de poder, económicas y sociales. Esta perspectiva señala la relevancia de las tecnologías digitales en la configuración de la vida contemporánea en todos sus ámbitos. Incide en sentido contrario a la percepción más o menos generalizada de su carácter esencialmente técnico, ajeno a las cuestiones políticas en su concepción más convencional.

El proceso de digitalización que se ha acelerado con motivo de la pandemia ha convertido el mundo de 2020 en un laboratorio tecnopolítico en lo relativo a cómo se utilizan y se van a utilizar nuestros datos personales. Sobre el tablero, dos perspectivas opuestas en conflicto: por una parte, los gobiernos necesitan

suficiente información para gestionar la epidemia; por otra, los ciudadanos quieren mantener la privacidad de informaciones personales tan críticas como los datos médicos y de localización.

El uso masivo de estos datos para la gestión de la salud pública podría verse como algo positivo. ¿Quién no quiere reducir el potencial de exposición? La cantidad de datos producidos desde los albores de la humanidad hasta 2003 se genera hoy en unos minutos. Además, los modelos computacionales avanzados, como los basados en el *machine learning*, han demostrado un gran potencial para rastrear la fuente o predecir la futura propagación de enfermedades infecciosas. Por lo tanto, parece imperativo aprovechar el *big data* y el análisis inteligente y darles un uso adecuado para la gestión de la salud pública.

Pero a medida que se expande la dependencia de tecnologías potencialmente invasivas, debemos prestar atención a las medidas que se están implementando «para nuestro beneficio» ahora, las tecnologías que se están desarrollando y desplegando y las otras funciones que han cumplido o podrían cumplir, y qué sucede con estas funcionalidades una vez que esta crisis haya terminado.

Para el «ciudadano cero» Edward Snowden, si bien los gobiernos pueden tener buenas intenciones cuando diseñan estas tecnologías de control, lo que están construyendo son unas «arquitecturas de la opresión». Snowden, antiguo analista de inteligencia de la National Security Agency (NSA) exiliado en Rusia, se pregunta si realmente creemos que cuando la primera ola, la segunda ola, la decimosexta ola del coronavirus sean un recuerdo olvidado hace mucho tiempo... estas capacidades de vigilancia no se mantendrán. O que estos conjuntos de datos no se guardarán. Entre las implicaciones a largo plazo, señala Snowden, está la preocupación de que una vez que la pandemia esté controlada, los gobiernos se muestren reacios a dejar de emplear estos nuevos poderes de vigilancia.

Adicionalmente, como Shoshana Zuboff en su *The Age of Surveillance Capitalism*, la extracción y explotación de los datos se ha convertido en el modelo de negocio de las corporaciones de internet, en un nuevo mecanismo de acumulación de capital. Más allá de la pérdida de privacidad, la autora ve el peligro de la des-

trucción de la democracia por la inducción de la modificación de los comportamientos. Zuboff cita a un exgerente de productos de Facebook que señaló que el «propósito fundamental» de los analistas de datos es influir y alterar el estado de ánimo y el comportamiento de las personas. Recordemos Cambridge Analítica.

En ese sentido, una de las amenazas del mundo poscovid es que la gente pueda ser clasificada a partir de sus datos médicos, que se implementen pasaportes biomédicos o de inmunidad. Y que se implementen nuevos sistemas de discriminación en relación con la movilidad, con los seguros médicos, con el acceso al trabajo o con los servicios.

Mucho antes de que estallara la pandemia, las luchas en torno a la vigilancia, desde el uso de *software* de reconocimiento facial hasta algoritmos de vigilancia predictivos, ya estaban desplegándose. Varias ciudades de todo el mundo han prohibido el reconocimiento facial, entendiendo que esta tecnología viola las leyes de privacidad, tiene fallas tecnológicas y está programada con prejuicios raciales, de género y otras formas de discriminación. En la Unión Europea, los movimientos por la privacidad habían conseguido que se aprobara el Reglamento General de Protección de Datos. Pero en otros lugares, el uso del reconocimiento facial y la inteligencia artificial se está generalizando para monitorear y controlar la disidencia.

Adicionalmente, la pandemia acaece en un momento histórico en el que los gobiernos de algunos países poderosos están liderados por negacionistas de la ciencia y fuerzas de extrema derecha. Además de los efectos de nuevas oleadas de contagios masivos, se está iniciando una nueva crisis económica global, la mayor desde la Gran Depresión, y es previsible que se dé un incremento de la pobreza, el paro y la desigualdad. En principio, será mayor allí donde la covid haya impactado con mayor fuerza, como es el caso de España. En este más que probable escenario prospectivo de conflicto, los gobiernos pueden llegar a emplear plataformas tecnológicas que se hayan aprobado o diseñado bajo los miedos y urgencias de la pandemia actual.

El mundo poscovid está caracterizado por una extraordinariamente compleja y delicada relación entre control y cuidados,

por líneas muy delgadas que separan la dicotomía entre vigilancia y privacidad. Ante este escenario, es fundamental que las organizaciones civiles de defensa de la privacidad y los derechos humanos continúen alerta, pero también que los ciudadanos en general estemos atentos y tratemos de participar activamente en el cuidado de nuestros datos, igual que nos cuidamos del coronavirus. Lo que está en juego es el diseño de las políticas que van a regir cuestiones como que nuestros datos de salud y localización puedan ser o no utilizados por los gobiernos de pasado mañana.

REFERENCIAS

- Angwin, J. y Strahilevitz, L., «COVID-19: Surveillance & the Future of Privacy | Angwin, Strahilevitz & Reed», debate en vídeo moderado por Betsy Reed, disponible en [<https://www.youtube.com/watch?v=OIGeaW2AsEw>] (último acceso el 21 de junio de 2020).
- Centre for International Governance Innovation, «The Digital Response to the Outbreak of COVID-19», disponible en [<https://www.cigionline.org/articles/digital-response-outbreak-covid-19>] (último acceso el 22 de junio de 2020).
- Cho, H.; Ippolito, D. y Yu, Y. W., «Contact Tracing Mobile Apps for COVID-19: Privacy Considerations and Related Trade-Offs», *ArXiv:2003.11511 [Cs]*, 30 de marzo de 2020, disponible en [<http://arxiv.org/abs/2003.11511>].
- «DP3T Distributed privacy-preserving contact tracing GitHub», *GitHub* (DP-3T/Documents), disponible en [<https://github.com/DP-3T/documents>] (último acceso el 21 de junio de 2020).
- Halbfinger, D. M.; Kershner, I. y Bergman, R., «To Track Coronavirus, Israel Moves to Tap Secret Trove of Cellphone Data», *The New York Times*, 16 de marzo 2020, disponible en [<https://www.nytimes.com/2020/03/16/world/middleeast/israel-coronavirus-cellphone-tracking.html>].
- Jaromil, «Decentralized Privacy-Preserving Proximity Tracing Cryptography Made Easy», *Medium*, 25 de abril de 2020,

- disponible en [<https://medium.com/@jaromil/decentralized-privacy-preserving-proximity-tracing-cryptography-made-easy-af0a6ae48640>].
- , «New Forms of Rationality and Liberation», *Medium*, 30 de abril de 2020, disponible en [<https://medium.com/@jaromil/new-forms-of-rationality-and-new-forms-of-liberation-4b5eee4850a5>].
- Klein, N., «Screen New Deal: Under Cover of Mass Death, Andrew Cuomo Calls in the Billionaires to Build a High-Tech Dystopia», *The Intercept*, 8 de mayo de 2020, disponible en [<https://theintercept.com/2020/05/08/andrew-cuomo-eric-schmidt-coronavirus-tech-shock-doctrine>].
- Morozov, E., *La locura del solucionismo tecnológico*, Buenos Aires, Katz, 2015.
- Mozur, P.; Zhong, R. y Krolik, A., «In Coronavirus Fight, China Gives Citizens a Color Code, With Red Flags», *The New York Times*, 1 de marzo de 2020, disponible en [<https://www.nytimes.com/2020/03/01/business/china-coronavirus-surveillance.html>].
- Organización Mundial de la Salud, «Coronavirus disease (COVID-19) pandemic», disponible en [<https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019>].
- , «Ethical considerations to guide the use of digital proximity tracking technologies for COVID-19 contact tracing. Interim guidance 28 May 2020», disponible en [https://www.who.int/publications/i/item/WHO-2019-nCoV-Ethics_Contact_tracing_apps-2020.1].
- Park, S.; Choi, G. J. y Ko, H., «Information Technology-Based Tracing Strategy in Response to COVID-19 in South Korea—Privacy Controversies», *JAMA* 323 (21), pp. 2129-2130, disponible en [<https://doi.org/10.1001/jama.2020.6602>] (último acceso el 2 de junio de 2020).
- Pascual, M. G., «A diferencia de China, en Occidente los gobiernos no nos dicen que nos vigilan», *El País*, 26 de mayo de 2020, disponible en [https://retina.elpais.com/retina/2020/05/26/talento/1590502392_549399.html] (último acceso el 18 de junio de 2020).

- «Protecting Lives & Liberty: How Contact Tracing Can Foil COVID-19 & Big Brother», disponible en [<https://ncase.me/contact-tracing/>] (último acceso el 22 de junio de 2020).
- Sastry, N.; Fenwick, A. y Tang, P., «Can Apps Put Coronavirus in Check?», *Aljazeera Inside Story*, debate en vídeo moderado por Sami Zeidan, disponible en [https://www.youtube.com/watch?v=A5XjGuJe_DY] (último acceso el 22 de junio de 2020).
- Schneier, B., «COVID-19 and Surveillance Technology», conferencia en vídeo, disponible en [<https://www.youtube.com/watch?v=Z6lFonmQTEU>] (último acceso el 21 de junio de 2020).
- «System Update With Glenn Greenwald - Covid and Civil Liberties», *The Intercept*, vídeo, disponible en [<https://www.youtube.com/watch?v=Nd7exbDzU1c>] (último acceso el 21 de junio de 2020).
- Vinuesa, R.; Theodorou, A.; Battaglini, M. y Dignum, V., «Comment: A socio-technical framework for digital contact tracing», disponible en [<https://arxiv.org/pdf/2005.08370.pdf>].

Agroecología en 3 C: afrontando pandemias globales

Ángel Calle Collado e Isabel Álvarez Vispo

(integrantes de Comunaria.net)

LA CONTRACCIÓN NEOLIBERAL

Quizá Friedrich Hayek, al publicar *Camino de servidumbre* en 1944, no imaginara que las elites neoliberales abandonarían las esencias del propio liberalismo para acabar proponiendo abiertamente fórmulas autoritarias con las que sostener la centralidad de sus mercados globalizados y especulativos. Desde ahí tratan de someter hoy todo juego social y toda idea abierta de lo político. Quizá tampoco atisbara que dicho neoliberalismo no era sino un acelerón más en un sistema económico insostenible para el conjunto de la especie humana.

Quizá, sólo quizá. Porque ese mismo año Karl Polanyi también publicaba *La gran transformación*, donde daba cuenta de la falsa liberalidad en la construcción de los mercados, particularmente de los globales: para su progresiva consolidación se necesitaron y se seguirán precisando muchas leyes, muchas puertas giratorias, poner una maquinaria administrativa a trabajar y sancionar, además de reducir lo económico al intercambio monetario. Sería Naomi Klein la que, ya en 2007, nos advirtiera de algunos errores del marxismo vulgar: cuanto peor no es mejor; es más, *La doctrina del shock* le ha ido bien al neoliberalismo para aterrizar férreamente sus dogmas interesados, privatizadores y provocadores de grandes desigualdades. Hace apenas siete años, Philip Mirowski escribía el libro *Nunca dejes que una crisis te gane la partida. ¿Cómo ha conseguido el neoliberalismo, responsable de la crisis, salir indemne de la misma?* para comprobar, como volvía a hacer recientemente en una entrevista concedida a la revista *Jacobin*, que la crisis del coronavirus servía de trampolín para la bestia neoliberal y las elites que la cabalgan.

Reducir el tablero de juego, sancionar e invisibilizar la existencia de alternativas o terminar por dibujarnos un único presente es la tarea a la que constantemente se dedica el gran poder, el que controla las grandes estructuras y discursos, así como la circulación de cotidianidades. El poder entendido como imposición y cercamiento desarrolla, a partir de alianzas políticas, económicas y militares de las elites, ciertos monocultivos en la representación del tiempo (cómo nos podemos organizar), espacio (dónde habitamos, con quiénes cooperar) y de la economía (cómo sostenernos). Acotamientos que, sin embargo, se nos ofrecen como futuros infinitos, posibilidades ampliadas en un mundo en el que la (bio)diversidad del juego social se reduce a marchas forzadas.

No es un truco de magia. Se trata de una «revolución silenciosa» que no necesita de un mando único, pero sí de una coordinación en diversos frentes. En el caso de la maquinaria neoliberal, se trata de gobernar mediaciones (comunicación de masas, educación, simbología en nuestros balcones), reducir la política a las vísceras, siguiendo ahora al gurú Bannon, y aprovechar el clima de creciente crispación para seguir añadiendo leña al fuego. Las personas de abajo, que se ven excluidas del gran pastel, encuentran en ese mirar de frente al fuego la posibilidad de luz: son ellos y ellas las personas maltratadas o ninguneadas, son los otros (comunistas, feminazis, ecologistas de la subvención, aprovechados de cada sillón de la Administración, buscadores de ayudas) quienes constituyen «el problema», la no construcción de un diseño histórico que juega con milenarismos (patria perdida, pueblo oprimido, esencias desplazadas) a la vez que con unas ideas de libertad muy excluyentes: hay democracia cuando el pueblo es gobernado por nuestra tribu en clave de mercados al poder.

Para Boaventura de Sousa Santos, esta razón indolente (cargada de razón neoliberal) actúa contrayendo el presente y ofreciéndonos un futuro ilimitado. Es una suerte de paraíso falseado que, en algunos casos, se puede comprar a plazos. Añadiríamos que es un «paraíso» que refuerza la polarización del mundo: explotan las brechas de desigualdad, se hacen más visibles las costuras del poder en torno a prácticas colonialistas, patriarcales, racistas.

La adicción física y forzosa (el endeudamiento como motor de ajustes neoliberales, privatizaciones y aliento de mercados especulativos, cambios constitucionales, restricciones presupuestarias) se complementa con la adicción social (la creación de relatos, la pasividad como clase consumidora, el control de las mediaciones sociales). El imperio de *deudocracia* se gesta en los años noventa a través de organizaciones como las patronales de la UNICE y la ERT en la Unión Europea, o de las reuniones anuales de Davos¹. Ya en 2010 las transacciones de divisas representaban 15 veces más que los movimientos de servicios y productos en el mundo: especulación futurista que impone una presión exponencial sobre los bienes naturales. Y para la segunda de las adicciones contamos, por ejemplo, con Facebook, donde tienes tus «recuerdos» y «amistades» más importantes; con grandes supermercados como Mercadona, donde adquirir un número grandísimo de productos «siempre a precios bajos», y gracias a Netflix o a tu nuevo iPhone puedes visitar la historia o sumergirte en «renovadas experiencias».

Añadimos a la reducción y desperdicio de «otras experiencias» (que incluiría también la experiencia de sentir nuestro propio cuerpo o construir nuestras relaciones sociales) otro tipo de contracciones: la del propio territorio. Un territorio que desde el año 2009 podemos considerar oficialmente urbanizado a escala global, con la ciudad más bien como centro territorial que genera todo un surtido de periferias a su alrededor. Una ciudad construida bajo el modelo desarrollado en el siglo XX en el que el protagonista es el vehículo, obviando las relaciones y necesidades de las personas y reforzando las posibilidades de control social. Este modelo, además de generar una ruptura en lo relacional entre las personas, también lo hace en la relación con el resto del territorio, con las periferias. El protagonismo del asfalto genera una falsa sensación de autosuficiencia, obviando la alta dependencia de la ciudad de su entorno así como la depredación que produce en él. Imaginarios que se sostienen a través de un

¹ Braceros políticos de la globalización, a decir de Miren Etxezarreta en *¿Para qué sirve realmente la economía?*, Barcelona, Paidós, 2015.

hardware (estructuras) de megaurbes conectadas globalmente, apropiándose de flujos materiales y energéticos, imponiendo a la par un *software* (imaginarios) propicio a su visión de «desarrollo»².

Esto se relaciona con otra contracción importante: la de la propia subsistencia, donde el alimento es sustituido por simulacros a base de glutamato y aditivos. Y podemos incluir aquí también la progresiva sustitución de formas comerciales tradicionales o de cercanía por un estilo de consumo inspirado en la distinción y el pretendido ocio que nos ofrecen los grandes centros comerciales, las grandes marcas y, hoy, los centros de las ciudades como decorado o escaparate más que como lugares a habitar. Por eso, cabe hacer un recordatorio de que seguimos teniendo derechos como personas, derechos que comienzan cuando nacemos, no cuando somos dueñas de un ticket de compra. Los derechos de las personas apenas aparecen hoy en las narrativas políticas, mientras que los derechos de las consumidoras y el derecho a esquilmar los territorios son abanderados por el gran capital para su expansión³.

Todo esto sucede ignorando las señales que nos llegan desde más allá de los números y de los mercados, más allá de las polaridades entre personas demasiado ricas y personas más que pobres. Llegan señales de un planeta que no da más de sí. Ya en los años sesenta Rachel Carson nos advertía sobre «el impetuoso y descuidado paso del hombre», haciendo referencia al modelo de

² Para un análisis general de la ciudad y su ordenación de tiempos, espacios y flujos a nivel mundial, son referencia imprescindible los trabajos de José Manuel Naredo, David Harvey, Saskia Sassen o Carlos Walter Porto Gonçalves sobre megaciudades, globalización y cercamientos territoriales.

³ La economía neoliberal se enfrenta en múltiples campos a las Economías-otras, centradas en el cuidado de la vida, lo comunitario y la sustentabilidad, como hemos abordado en Ángel Calle e Isabel Álvarez, «Economías-otras: introducción a un monográfico necesario», *Revista Iberoamericana de Economía Solidaria e Innovación Socioecológica: RIESISE 2* (2019), pp. 5-26, o también Isabel Álvarez Vispo y Mirene Begiristain Zubillaga, «Feminismo para los sistemas alimentarios y la agroecología», *Revista Iberoamericana de Economía Solidaria e Innovación Socioecológica: RIESISE 2* (2019), pp. 125-146.

producción que ignoraba todo ecosistema. Un sistema incompatible con ritmos y tiempos marcados por la naturaleza. Una estructuración de tiempo, espacio y economías en clave neoliberal donde se potencian desigualdades a través de múltiples factores: exclusión de matrices socioeconómicas, racismo, patriarcado, polarizaciones entre lo rural y lo urbano, centros económicos que refuerzan dinámicas colonialistas, estereotipos culturales y reproducción de instituciones autoritarias⁴.

A pesar de todo esto, el mundo no es tan orwelliano como parece a primera vista en este primer repaso de la gramática mercantil y consumista dominante, por varias razones. Necesitamos constantemente responder (o encontrar una salida satisfactoria) a las preguntas de cómo sostener nuestros cuerpos, qué lazos servirán para apoyarnos en nuestro bienestar material y afectivo, y en qué casa (hogar, territorio, planeta) vamos a poder vivir⁵. Desplegamos alternativas frente a los cercamientos de las elites. Nos informamos, las mujeres se rebelan frente al patriarcado, planteamos una crítica al consumo, vemos con malos ojos la implicación de propuestas políticas autoritarias o que nos repercuten vía parón económico, y algunas personas se organizan de otra forma para contestar de otra manera a esta costumbre humana de cuidar cuerpos, tejer lazos y buscarse una casa habitable. Cultivamos sociedades frente la contracción del mundo neoliberal.

LA CONTRACCIÓN ALIMENTARIA

Estamos cargados de razones (neoliberales) y de irracionalidades (en tanto que somos especie). Sube el presupuesto armamentístico, se insufla aire a nuevas guerras, se digitalizan las vidas y se

⁴ Véase Amaia Pérez Orozco, *Subversión feminista de la economía*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014.

⁵ Para preguntas inherentes a toda propuesta económica para sostener la vida, véase Ángel Calle Collado, Rubén Suriñach Padilla y Concepción Piñeiro, «Comunes y economías para la sostenibilidad de la vida», en *Rebeldías en común: sobre comunales, nuevos comunes y economías colaborativas*, Madrid, Libros en Acción, 2017, pp. 15-46.

deterioran ecosistemas y sociedades. Todo ello hace ascender el Producto Interior Bruto, pero no el bienestar ni la felicidad ni la sustentabilidad de la vida de las personas. Las pandemias amenazan. Las amenazas desesperan. El hambre afecta a más de 800 millones de personas en el planeta. La desesperación no lleva, al contrario de lo que podría pensarse desde una lógica utilitarista, a tomar la mejor de las elecciones. En primer lugar, por el propio pánico, que activa mecanismos de respuesta rápida, a veces con poca memoria. En segundo lugar, por el adiestramiento educativo o derivado de un control de las posibles interacciones. Los supermercados y las grandes cadenas de producción chatarra o de consumo poco saludable, por ejemplo, funcionan hoy como un encadenamiento de instituciones totales que limitan cualquier posibilidad de decidir, de entender, de informarse o de compartir al margen de las mismas. Las aulas, las prisiones o los centros psiquiátricos representaban para sociólogos como Goffman o Foucault los espacios donde encerrar cuerpos y encauzar mentes hacia una supuesta «normalidad». Hoy cabría añadir los hogares como espacios que encarcelan, reforzados por los encierros virtuales derivados de las nuevas tecnologías, la construcción de lugares de reserva para personas mayores o los propios supermercados ligados a esa red poco nutricional que conforman las grandes empresas de producción de comida.

Las grandes cadenas de supermercados introducen, en primer lugar, una «normalización» de lo que se considera alimento: qué es comestible, qué tiene sellos de seguridad concedidos por Administraciones (confundiendo «inocuidad» con nutrición) o por terceras compañías (al estilo de las agencias financieras de *rating*), qué imágenes de un producto (una ciruela grande y redonda, igual al resto) son reconocidas como «de calidad» o «suculentas», cómo debe presentarse o elaborarse un plato, etc. Una «normalización» de utilidades que nos hace prestar más atención a lo que «nos distingue» del resto o de épocas de mayores penurias, acudiendo a la relación entre gustos y clases socioeconómicas que analizara Bourdieu. Desarrollamos «necesidades» e impulsos de compra frente a un mundo donde carecer de determinadas «cosas» no es accesorio, sino un descuadre existencial. Hemos visto

la reacción nerviosa y compulsiva, al inicio de que el estado de alarma fuera decretado en este país, con respecto al acaparamiento de productos como conservas, precocinados, leche o papel higiénico: ¿en qué hábitos alimentarios andamos metidos?; ¿podemos hablar de una creciente inseguridad alimentaria en países que se supone «desarrollados»? La respuesta a esta pregunta es un rotundo sí, y lo justificaremos posteriormente.

En segundo lugar, son también fuente de un (disimulado) cercamiento. En un súper, el cliente actual tiene la sensación de estar ante miles de referencias alimentarias. Pareciera que el mundo de la escasez, que se considera propia de tiempos rurales o premodernos, se deja atrás. Llega la sensación de «infinitud». Lo que no cuenta la pantalla de normalización del supermercado (su publicidad, sus estantes, los envases, los «consejos» que da) es que, en la práctica, la oferta se compone de productos que reducen la biodiversidad cultivada –reflejada en la reducción de miles de variedades de patatas a dos tipos (freír y cocer)–, crean simulacros de carne de pavo o de cangrejo mediante harinas, provocan adicciones o acuden a reflejos de nuestras papilas gustativas mediante el abundante uso de especiaadores artificiales.

En tercer lugar, el cercamiento que construyen es también físico: el comercio minorista disminuye a marchas forzadas ante nuestra vista, lo que es expresión del ascenso de los metros cuadrados que la ciudad está concediendo a la instalación de grandes distribuidoras. Dicha instalación requiere también infraestructuras especiales, normalmente sufragadas por ayuntamientos, y facilita licencias para otros comercios o actividades de ocio que provocan la eliminación de canales de comercialización para la producción artesanal, de temporada, sostenible, etc.; canales estos que son espacios generadores de economía, pero no sólo monetaria, son espacios en los que generar lazos y relaciones de cuidado comunitario.

Así, bajo la pandemia del coronavirus, la pandemia neoliberal está aumentando el acorralamiento de circuitos que se oponen a este aumento de cercamientos de economías de proximidad, cercamientos de una insalubridad y dependencia garantizadas, y de pérdida de biodiversidad natural o cultivos que implantan las

grandes cadenas de distribución y el negocio de la comida en manos de Unilever, Nestlé o Coca-Cola. El cercamiento que se ha venido produciendo es triple:

- territorial: a favor de la extensión física del negocio de la comida;
- simbólico: los supermercados y no los territorios nos dan la vida y las seguridades alimentarias;
- nutricional: el funcionamiento del negocio de la comida es lo que hay que defender, no la dieta equilibrada basada en productos frescos, locales y de temporada.

Bajo la actual crisis, el alimento y la vida se transforman en sucedáneos, algunos tóxicos y otros de cartón piedra, como ocurre con otras necesidades y con deseos impuestos. Vemos la rapidez con que las ligas de fútbol vuelven a la televisión con estadios repletos de figuras de cartón piedra, y, en el caso de algunos clubes (alemanes), son rostros de aficionados que han pagado 19 euros por «asistir». El coronavirus proviene del modelo que estamos describiendo y que conlleva la intensificación en la explotación de bienes naturales, macrogranjas, incremento de deforestación, vuelco climático... y a la par nos propone desintensificar nuestros lazos sociales. Amazon es el lugar donde adquirir infinitos deseos en tanto que el dinero virtual pueda fluir. Netflix o HBO son plataformas de ocio para una minoría que se considera afortunada (menos de un 20 por 100 de seguimiento), pero sí son referencia de conversaciones sociales. Son también un repaso a nuestra memoria histórica a través de *biopics* o recreaciones históricas, por lo general con algún sesgo neoliberal, anticomunista o tendente a situar en lo anecdótico de personajes encontrados la hondura de ciertos conflictos: la serie *El mecanismo* como remedo del caso de corrupción política de «Lava Jato» y también como ariete político contra Lula; la serie *Chernóbil*, que si bien expresa una catástrofe propia de nuestra falta de conciencia de especie, la sitúa como un problema del «comunismo ruso», sin valorar, por ejemplo, el trabajo que las grandes potencias atómicas hicieron por enterrar las consecuencias del uso de estas

energías; *Juego de Tronos* como afianzamiento de que la guerra es firme expresión de la política, siguiendo a Karl von Clausewitz, lo que justifica también que la política, o es autoritaria, o es un juego sin tronos.

¿Qué tiene que ver esto con la alimentación en tiempos de la covid? No todo, pero sí bastante. En los discursos de los gobernantes y en los grandes medios de comunicación se ha instaurado la idea de alimentación como hecho esencial, como economía «esencial». Pero las imágenes, las ayudas y las campañas han gravitado enteramente alrededor de las grandes cadenas de supermercados y poco (o nada) en torno a las pequeñas producciones más sostenibles o incluso en los derechos de las personas que trabajan en la industria agroalimentaria. En Estados Unidos, cuando estalló la pandemia en el corazón del país, el presidente no hizo mucho por garantizar el funcionamiento de la industria farmacéutica o la puesta en marcha de servicios sanitarios especiales en la sanidad privada. Sin embargo, a finales de abril Trump llegó a firmar una orden ejecutiva para que la gigantesca industria cárnica se mantuviera abierta por decreto, mientras se disparaban los contagios en las fábricas de despiece y envasado. En el Estado español, las cajas han sido transformadas, a través de campañas en internet y *spots* publicitarios, en heroínas y firmes defensoras del #QuedatEnCasa, mientras Mercadona las uniformaba y sonreía con las puertas abiertas al fondo de las imágenes.

En paralelo, la agricultura de proximidad era descarrilada de sus canales de comercialización de proximidad: mercadillos y mercados de productoras suspendidos, a pesar de que podían asegurarse las medidas sanitarias, como evidenciaron en localidades de País Vasco o Galicia; distribuidoras que han recibido dinero público para incorporar de forma simbólica productos de hortalizas y lácteos de alguna pequeña productora; sanidad orientada a las medidas químico-sanitarias y a los mensajes de tranquilidad ante el temor de acudir a las nuevas catedrales del consumo de comida como único destino posible, haciendo invisible otra realidad que sí nos alimenta y nos nutre.

El cercamiento a favor del negocio de la comida ha avanzado. El grueso del negocio permanece fiel y alentador de monoculti-

vos intensivos y proveedores que pasan a empotrarse bajo las reglas impuestas por las grandes multinacionales de alimentos. Frente a otras prácticas agrícolas y ganaderas que ayudaban a producir alimentos de forma más sosegada y más libre de productos químicos, nuestra dieta es hoy hipercalórica y poco rica en nutrientes. Incluso en verduras o frutas frescas, pues sus forzados y rápidos crecimientos hacen que los alimentos lleguen a nuestras mesas con menores dosis de vitaminas, antioxidantes o minerales como el cobre o el hierro, que son necesarios para evitar enfermedades y defendernos mejor de enemigos externos. Las medidas adoptadas frente al coronavirus, y dada la observada posición central y privilegiada de las grandes superficies, refuerzan la circulación de la comida chatarra (que no alimento) y kilométrica, ante la dificultad de movimientos para la comercialización de productos frescos y locales.

Los pirómanos, no obstante, se complacen en señalar el fuego y también se ofrecen como bomberos. Ante la malnutrición, las grandes corporaciones tienen su respuesta para salir indemnes e incluso reforzadas del *shock* alimentario: digitalización y suplementación alimentaria. En la práctica, estas medidas suponen, por un lado, monitorizar todos nuestros hábitos alimentarios e incluso nuestra información genética para poder realizar recomendaciones apropiadas y personalizadas, bien a través de productos comestibles más parecidos a alimentos, bien mediante suplementación en forma de productos farmacéuticos⁶. Desde una mirada reduccionista del concepto (ya limitante de por sí) de seguridad alimentaria, la dieta se reduce a contabilizar kilocalorías, y los alimentos, a meros productos comestibles que incluyen ciertos nutrientes, reforzando un enfoque «mecánico» de la nutrición en el que se establece una analogía entre el cuerpo que

⁶ Sobre cuestiones alimentarias, (mal)nutrición y poder, véanse Isabel Álvarez y Paola Romero, «¿Nutrición digitalizada o malnutrición personalizada?», en *Observatorio del derecho a la alimentación y nutrición adecuada*, Global Network for the Right to Food and Nutrition (GNRTFN), 2018, e Isabel Álvarez, «La salud y la alimentación desde la mirada feminista», en *Salud y derecho a la alimentación*, FENT y Red de Ciudades por la Agroecología, 2018.

se alimenta y una máquina. Obesidad o diabetes infantil se disparan en este contexto, acompañando las hambrunas crónicas en países que han sido «fieles» a los ajustes neoliberales del Fondo Monetario Internacional. Problemas de países empobrecidos pero ya mundializados a través de la globalización de productos ultraprocesados, tal como explica el informe «Viaje al centro de la alimentación que nos enferma», de la ONG Justicia Alimentaria. Esto se ve agudizado aún más en el caso de las mujeres, quienes ven su salud afectada desde distintos frentes. Por un lado, son las responsables de alimentar en los hogares, pero, a la vez, su alimentación es la menos prioritaria, por lo que, en caso de pocos recursos, siempre son las últimas en comer. Y mientras unas padecen hambre por falta de recursos, otras sufren trastornos alimentarios para responder a unos cuerpos estereotipados que la sociedad consumista les impone.

DINERO AL ALZA, BIODIVERSIDAD Y DERECHOS A LA BAJA

Frente a las deficiencias nutricionales, la industria agroalimentaria vende más comida chatarra y el sector farmacéutico expande el mercado de suplementos de laboratorio. Lo público es puesto en cuestión, y la responsabilidad, depositada en los hábitos de los individuos. El *shock* nutricional alimenta la pandemia neoliberal, y viceversa.

La contracción neoliberal establece depredaciones y cercamientos no sólo sobre lo agroalimentario, sino también sobre el medio rural y sobre la fertilidad del planeta en general. Llueve sobre mojado. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, las fábricas de explosivos se reorientan hacia la producción de abonos químicos. El debate sobre condiciones de vida de un suelo fértil a través de procesos naturales cayó en el olvido. A partir de finales del siglo pasado, empresas de insumos como Monsanto y Bayer, fusionadas recientemente, más un puñado de grandes distribuidores en el lado de la oferta, pasan a gobernar estos imperios agroalimentarios⁷.

⁷ Véase Esther Vivas, *El negocio de la comida*, Barcelona, Icaria, 2014.

En 2008 se habló de una escasez de alimentos que generó hambrunas, pero poco se comentaron las raíces de esta gran contracción y acaparamiento neoliberal. Como argumenta Eric Holt-Giménez, integrante de la organización internacional Food First:

La crisis no es silenciosa, y, mientras seamos conscientes de sus causas reales, tampoco somos impotentes. El Banco Mundial, la Organización Mundial de Comercio, el Programa Mundial de Alimentos, el Reto del Milenio, la Alianza por la Revolución Verde en África, el Departamento de Agricultura de EEUU, así como las grandes industrias como Yara Fertilizer, Cargill, Archer Daniels Midland, Syngenta, DuPont y Monsanto, se esmeran en evitar hablar sobre las raíces de la crisis alimentaria. Las «soluciones» que recomiendan son las mismas políticas y tecnologías que crearon el problema: hablan de incrementar la asistencia alimentaria, de liberalizar el comercio internacional agrícola y de introducir más paquetes tecnológicos y transgénicos. Estas medidas simplemente fortalecen el *statu quo* corporativo que controla el sistema alimentario.

Las crisis, pues, sirven para contraer economías y aumentar la depredación directa de bienes naturales a escala global, mientras se borran derechos. Al inicio del reconocimiento de la crisis mundial del coronavirus, la Unión Europea instó a los países mediterráneos a protocolizar de forma ágil las medidas a imponer para la recolección de frutas y verduras a partir de marzo. Los riesgos de desabastecimiento en mercados considerados centrales requieren que las economías periféricas se vean obligadas a garantizar suministros, aunque no derechos sociales a quienes viven del campo.

El dinero no trae la felicidad y Estados Unidos es un buen ejemplo en estos días de movilizaciones frente al racismo, crisis sanitaria y creación de enormes bolsas de exclusión. Sin embargo, el «éxito» del imaginario de vida *made in USA* ha significado que el consumo y el crédito asociado al mismo erosionen directamente la biodiversidad del planeta. Se demanda talar más, producir más, monoculturararnos más, algo que estamos pagando

todos y todas. Esta es una de las conclusiones del estudio «La política de biodiversidad más allá del crecimiento económico», firmado por una veintena de científicos de 12 países. El aumento del cambio climático, la erosión de nuestros suelos y el desarrollo de especies (y de virus) invasores están directamente relacionados con la necesidad de revalorizar un capital monetario que desvaloriza nuestras condiciones de vida. Biodiversidad amenazada y que se expone como una de las razones detrás de la proliferación de gripes en los últimos tiempos: aviar, porcina y ahora la enfermedad denominada covid-19. Los monocultivos intensivos, la deforestación y, sobre todo, la irrupción de las macrogranjas estarían detrás de la irrupción de nuevas formas víricas que afectan a nuestra especie, algunas de las cuales se transforman en pandemias mundiales.

La sucesión de crisis alimentarias (hambrunas, escasez, desafección alimentaria, gripes, etc.) también genera descontentos⁸. ¿Podría el actual panorama ser favorable a la reconstrucción del derecho a tener derechos, a escapar del consenso carcelario de la deuda, tan fundamental para que el neoliberalismo organice tiempos, espacios y dinámicas económicos? Podría ser, sí. Pero el campo político (lo público, lo cotidiano, la protesta) precisaría, antes de nada, sentir el empuje de un nuevo panorama social. La conciencia de opresión es un proceso que construir desde diferentes abajos que comienzan a hablar conjuntamente de supervivencia y de radicalidad democrática, nos recordaba el investigador E. P. Thompson, de lo que se considera y se vive como legítimo y lo que no. Aunque permita apuntalar algunos pilares de la casa, realizar desde arriba transformaciones que confronten el neoliberalismo se antoja poco plausible. Las cartas están marcadas.

Necesitamos un cuestionamiento moral y cotidiano de la salida neoliberal, en lo económico, en lo ambiental y en la estrate-

⁸ Véanse Ángel Calle Collado, Marta Soler Montiel, Isabel Vara Sánchez y David Gallar Hernández, «La desafección al sistema agroalimentario: ciudadanía y redes sociales», *Interface: a journal for and about social movements* 4, 2 (noviembre de 2012), pp. 459-489, y Eric Holt-Giménez y Raj Patel, *Rebeliones alimentarias. Crisis y hambre de justicia*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

gia de acumular adhesiones a través de la ilusión del consumo. Sin embargo, crear una nueva economía moral (que ha de basarse en la experiencia de economías que nos socialicen en otros valores, usos y costumbres) no va a pasar por el círculo de los partidos en el poder político o con aspiraciones a ello. Poco protagonismo encontramos, en ellos, del medio rural, de las más afectadas por la crisis alimentaria o de propuestas que no se limiten a «parchear» la dinámica suicida de un capitalismo que amenaza con «reverdecerse». El llamado New Green Deal (El Nuevo Pacto Verde), suscrito por partidos alineados en la izquierda en América y Europa, pretende ralentizar las emisiones, promover nuevas economías, pero el giro se antoja insuficiente en el medio plazo. Sobre todo, porque no quiere cambiar el modelo de consumo, sino realizar (imposibles) ajustes de movilidad a base de tecnología más intensiva, más necesitada de materiales y que pretende mantener unas ofertas energéticas similares a las aportadas por los combustibles fósiles. No hay pan para tanto chorizo, decían en las plazas del 15M. Ni habrá energía para el hiperconsumismo, de lujos o del todo a 1 euro, que quieren defender las elites y un 20 por 100 de la población más adinerada.

El neoliberalismo vende ilusiones que también se están comprando o se están imponiendo. Su salida puede ser una alianza militar-monetaria entre clases ricas y pudientes (poder cultural, institucional o religioso) que pueden escudarse bien en clases populares que se resisten a pagar las facturas del desaguado. El ascenso de la ultraderecha está ahí. Las protestas también pueden demandar más autoritarismo. Una suerte de revolución social que, caso de tomar ciertos tintes «verdes», sí nos podría llevar a hablar de ecofascismos.

AGROECOLOGÍA EN 3C: CULTIVAR SOCIEDAD Y CONCIENCIA DE ESPECIE

Territorio es una palabra de aproximación difícil en los entornos más industrializados. En los países centrales, la cultura del liberalismo y el posterior despegue del consumo de masas nos hicieron separarnos de prisa de prácticas y culturas propias de

economías tradicionalmente pegadas a los territorios. Con la centralidad del asfalto y las conurbaciones, las economías campesinas fueron consideradas obsoletas, y las economías del cuidado (hogar, reproducción y mediación social) continuaron siendo invisibilizadas. Por otra parte, todo lo que apuntara a economías comunales fue sancionado, privatizado o introducido en la lógica neoliberal: desde los montes hasta las redes de apoyo vecinales, pasando por la construcción de un cooperativismo reducido a fórmula jurídica que incrustar dentro de los grandes mercados.

Cultivar sociedad pasa por construir nuevas economías y dar forma a esa economía moral (saludable, alimentaria) que sirva de freno a los atropellos de las elites o de las bases populares de la ultraderecha. Requiere, por un lado, retomar la idea de que el saber y el poder emancipador, recordando a Foucault, provienen de los márgenes, no del corazón o del cerebro de la bestia. Por otro lado, como señalan Sassen o Carlson, tenemos que repolitizarnos en clave de «somos territorios», «somos lazos sociales» y «somos especie». Y para ello no necesitamos precisamente banderas puntiagudas.

Los escenarios de pandemias, vuelco climático, escasez de materiales básicos para la industria y el fin de una energía fósil accesible y «barata» apuntan hacia la opción agroecológica desde una reconstrucción del empuje social. Es ya *la* salida alimentaria, como indican el IPCC, la FAO o el informe científico «La política de biodiversidad más allá del crecimiento económico». Se trata de reconciliarnos con un manejo sostenible de nuestros bienes naturales, desde la biodiversidad hasta los ciclos del agua, pasando por la fertilidad de la tierra y la consolidación de sistemas agroalimentarios territorializados. Frente al abismo neoliberal, una puerta se abre. Porque «el Estado no puede ser la respuesta frente a la mundialización del riesgo», tal como nos advierte María Eugenia Rodríguez Palop. En cambio, el contagio cooperativo en todas las escalas sí puede construir potencialidades que ahora no se ven.

En el campo alimentario, nuestra apuesta es lo que llamamos «Agroecología en 3C»: construir desde la tríada Cooperación-Cuidados-Circuitos Cortos. La pandemia capitalista, autoritaria

y patriarcal trabaja de forma suicida para conectarnos al *hard-ware* global del negocio de la comida, bajo el potencial mando único de futuros disciplinamientos sociales. Obstaculiza la cooperación social y facilita que la pequeña producción abandone o se integre en dichos mercados. Llama «economía esencial» no al cuidado, al derecho a la alimentación o a la producción sostenibles, sino al funcionamiento del negocio de la comida. Sanciona los circuitos de proximidad, aunque el discurso se vista de verde y de representaciones visuales que nos devuelven a un campo idílico, desconectado de los ciclos planetarios (agua, nitrógeno, fertilidad, biodiversidad, etc.) y vacío de culturas campesinas.

Nuestra perspectiva se ha focalizado en analizar sistemas agroalimentarios propios de países o regiones centrales en lo que a economías mundiales se refiere. Presenta una presión fuerte hacia la integración subordinada en los mercados globales. Son padecidos, a la vez que legitimados, por una ciudadanía carente de derechos reales en su mayor parte. Están atravesados por otras dimensiones del poder: género, clase socioeconómica, procedencia cultural, zonas rurales y despobladas, barrios periféricos, entre otros.

La cuestión territorial en lugares alejados de los grandes centros urbanos y financieros sigue, en muchos casos, otros senderos, más próximos a las *culturalezas*, a decir de Narciso Barrera y Víctor Toledo en *La memoria biocultural*; pueblos en convivencia más armoniosa con su entorno. En ellas, la tradición comunitaria de pueblos originarios, los sistemas de intercambios basados en mercados no especulativos, el acceso colectivo a tierra o a semillas, la pervivencia e innovación sobre variedades y razas autóctonas y, finalmente, la inserción de lo económico como un elemento más de lo social y de lo político, y no como un timón al margen, son inspiradores por sí mismos de la Agroecología en 3C aquí presentada. Ejemplos de lo anterior son hoy la autonomía territorial de comunidades andinas, las reclamaciones de Zonas de Reserva Campesina con orientación agroecológica en Colombia, los quilombolas como espacios autónomos instituidos por esclavos afroamericanos en Brasil, la tradición de ejidos y formas colectivas de propiedad en México, las comunidades

pesqueras artesanales en todos los continentes, los manejos compartidos de montes y dehesas en el Mediterráneo, las formas de cooperativismo campesino e indígena expresadas por las culturas africanas, etc.⁹. Son expresiones, no idílicas pero sí ciertas, de cómo habitar y caminar hacia la sustentabilidad de la vida y el reconocimiento de interdependencias (sociales, del ser humano con la naturaleza). En otros lenguajes, que sería conveniente traducir y contextualizar, estos grandes referentes indígenas y campesinos son hoy representantes de lo que la agroecología, el ecofeminismo o las economías sociales-solidarias tratan de reivindicar en los lugares que habitamos: reconocernos como seres frágiles en un mundo que demanda satisfactores (económicos, políticos, alimentarios, energéticos, culturales) viables para el conjunto de la especie humana.

En nuestros contextos «globalizados», las 3 Cs son esenciales para que una política o práctica o forma de vida pueda ser considerada agroecológica. Existen sucedáneos, algunos de ellos en la agricultura certificada como ecológica. Recibe etiquetados «verdes» pero vuelve a reproducir esos esquemas: no alientan la cooperación en el territorio (la pequeña producción apenas decide sobre políticas que le afectan, mercados y economías se alejan de prácticas municipales o comunitarias), no cuidan la vida (no se priorizan los derechos de todas ni se reduce la huella de carbono o la pérdida de biodiversidad) y no disminuyen la lógica de exportación dominada por distribuidores y transformadores globales hacia los centros consumidores con mayor poder adquisitivo (se pierde soberanía alimentaria y el derecho a una nutrición adecuada y saludable). Claro está que no faltan manifestos, declaraciones e incluso políticas activas que, desde las propias elites, reconocen el problema. Pero el grueso de lo que realmente se hace en municipios, comarcas, a escala estatal o desde la Unión Europea, sigue sancionando o invisibilizando las propuestas agroalimentarias que se inspiran en las 3 Cs.

La Agroecología en 3C es una mirada, una forma de evaluar rápidamente en qué campo nos estamos situando: si en el de

⁹ Véase E. Holt-Giménez y R. Patel, *Rebeliones alimentarias*, cit.

continuar acrecentando la barbarie o en el de empezar a estar en el mundo de otra forma, más viable y justa. Nos permite, a su vez, construir herramientas para relocalizar economías que sostengan cuerpos, lazos y nuestras casas. Agrupamos estas herramientas en tres planos en los que incidir:

- *Visión territorial*: promover territorios vivos y sistemas agroalimentarios más locales, creando sinergias entre economías cuyo compromiso fundamental es cuidar de la vida (cuerpos, lazos, hogar); escalar prácticas agroecológicas hacia los lados y desde abajo, encaminando las políticas públicas desde la cogestión de territorios y no desde su subordinación a lógicas «globalizadoras».
- *El derecho global a la alimentación y nutrición adecuada*: establecer la alimentación y la producción cercana y sustentable, y no el negocio de la comida, como derecho fundamental y economía a ser potenciada en diferentes ámbitos territoriales (municipio, comarca o biorregión, instituciones públicas que regulan estos derechos).
- *Articular experiencias desde abajo hacia arriba*: escalar hacia arriba como acompañamiento del escalamiento territorial, impulsando redes de iniciativas de producción y consumo sustentables desde los diferentes «abajos», cerrando ciclos de materiales y energías, componiendo, de forma participativa, políticas públicas y consejos alimentarios a escala biorregional.

Resulta, pues, imprescindible *identificar los territorios como espacios vivos y relocalizar los sistemas agroalimentarios como algo esencial a proteger por la política (pública) y lo político (lazos e instituciones sociales)*. Para ello, se trata, en primer lugar, de pensar desde el territorio: cuencas hidrográficas, pisos ecosistémicos interrelacionados, hábitats manejados de forma específica en forma de bosques, dehesas, regadíos naturales, humedales, costas, etc. Buscar entonces las potencialidades de cada lugar, desbordar los límites administrativos, articularse desde iniciativas que surjan desde y para el territorio. Las políticas con matriz en la Unión

Europea deberían abandonar los tratados internacionales que no abogan por la soberanía alimentaria de los pueblos y abonarse realmente a la producción de proximidad. La actual iniciativa «De la granja a la mesa», auspiciada por la Unión Europea, podría ser un paso. Pero en ella se abre la puerta a los organismos modificados genéticamente y nuevamente se deja a un lado la opinión de la pequeña producción, que, posiblemente, pagará la factura de una transición hacia la reducción de insumos tóxicos escasamente acompañada. De igual manera, el Fondo de Transición Justa, que podría llegar a los 100.000 millones de euros, pudiera ser un revulsivo para la pequeña producción alimentaria y no sólo para la industria pesada en un intento de «reverdecirla». Dejar de apoyar a la gran distribución y adoptar medidas restrictivas ante empresas que promueven una mala salud de los habitantes y del planeta. Fomentar el comercio de proximidad a través de ayudas, agendas municipales, exenciones fiscales, apoyo de infraestructuras. Quizá bastaría, para avanzar hacia procesos agroecológicos, con atascar un poco las puertas giratorias de los grandes grupos de presión e impedir que sigan girando a su favor las medidas de gracia y apoyo (investigación, subvenciones, infraestructuras).

Para decidir cómo aplicar los principios agroecológicos, precisaríamos impulsar consejos alimentarios que, desde una mirada integral y nuevas formas de gobernanza, velen por nuestros derechos y por unos precios dignos para quienes viven sosteniendo nuestra esencial alimentación; consejos que regularían el funcionamiento de infraestructuras, producciones y consumos agroecológicos, que serían declarados no sólo derechos sino también equipamientos y dinámicas esenciales a proteger y potenciar en planes urbanísticos, conexiones territoriales, terrenos (peri)urbanos reservados a tal fin, entornos rurales y marítimos de exclusivo aprovechamiento sustentable, mini-industrias de transformación y redes para la comercialización directa; consejos sometidos al protagonismo de personas productoras, redes vecinales, técnicos/as en acompañamiento agroecológico, economías sociales y solidarias, educadoras ambientales, pequeño comercio e industria artesanal. Fiscalización progresiva de acuer-

do al carácter esencial de estas economías (como el mantenimiento de la producción y comercialización tradicional, la fertilidad de la tierra, la biodiversidad cultivada o la integración agrícola-ganadera), rentas que permuten trabajos (comunitarios) por servicios ecosistémicos y ayudas directas para garantizar servicios en el medio rural así como el derecho a la alimentación de toda la población. Espacios donde problematizar quién decide, quién hace y quién puede acceder a una producción y alimentación saludables, cuando los números muestran la desigual participación de mujeres, rentas más bajas y una mayor carga en los hogares para ellas.

Dichas políticas no podrán ser efectivas si no tienen una visión territorial y desde abajo, que biorregiones y municipios podrían impulsar mediante agendas propias, su razón de ser. Entender qué es no ya «ecológico», sino sencillamente viable, requiere de apoyos no inspirados en certificaciones externas (más pendientes de satisfacer los criterios de mercados globales) sino en manejos propios del lugar. Incentivar políticas basadas en la cogestión, en los nuevos comunes, de manera que cerremos necesidades de insumos, tecnologías e incluso energía en el propio territorio. Habilitar espacios, herramientas, plantas y mini-industrias cogestionadas (cooperación público-comunitaria) para lograr lo anterior. Impulsar desde aquí una compra pública (comedores, hospitales, servicios administrativos, escuelas, etc.) y una compra local (tiendas, restaurantes, grupos de consumo) que acompañen transiciones productivas. Poder generar operadores locales en temas que ahora requieren una conformación industrial: acceso a mataderos (ecológicos, móviles); fortalecimiento de sistemas de custodia del territorio o sistemas participativos de garantía (para una verificación o certificación ecológica desde prácticas viables y democratizadoras) junto al intercambio de conocimiento entre productores/as del lugar; impulso de redes comunitarias para la transición energética; venta directa y desarrollo de la producción artesanal, que no debe ser acotada y nuevamente cercada con el desarrollo de disposiciones específicas de cada región, antes al contrario. (Re)construir mediante esa gestión público-comunitaria los puentes rural-urbano para

garantizar un cierre de ciclos conjunto y no una depredación de campos y bosques. Ruralizar y repoblar pueblos desde fórmulas de acompañamiento propias de una extensión agroecológica que permitan avanzar en la denominada escala horizontal¹⁰. Ruralizar, agroecologizar y ecofeminizar también nuestra cultura crítica desde estos territorios y no desde laboratorios urbanos: las culturas de base territorial –aldeanas, indígenas o comunitarias– son más complejas y contextualizadas que las dinámicas que registran las urbes globales¹¹.

En segundo lugar, es necesario trabajar en una transición desde un *enfoque de derechos*. En línea con la relocalización anterior, es esencial garantizar el derecho real a la producción agroecológica y a la alimentación saludable. Leyes, agendas y prácticas de coestión de políticas públicas, junto con prácticas que nos doten de autonomía y de justicia social frente a los cercamientos neoliberales, deberían garantizar: el acceso equitativo a la tierra para la producción en modelos agroecológicos, la preservación de la biodiversidad, el acceso al agua y el beneficiar la actividad a pequeña escala y artesanal, la producción de alimentos de calidad sanos y nutritivos, la comercialización preferente a través de canales cortos. Fertilizar cerrando ciclos, impulsando programas de compostaje (a cargo de partidas económicas para una «economía circular»), promover la producción de piensos e insumos a nivel regional para crear autoabastecimiento o circuitos cortos, y recordar que el derecho a la alimentación será sólo un registro legislativo o un manifiesto inútil si la soberanía alimentaria no empieza por articularse, por tener su empuje social, desde la relocalización de los sistemas agroalimentarios. Para ello es nece-

¹⁰ Sobre la cuestión de escalas en agroecología y nuevos comunes, véanse Peter Rosset y Miguel Altieri, *Agroecología: ciencia y política*, Barcelona, Icaria, 2018, y Ángel Calle Collado, «Los Nuevos comunes: disputando la transición inaplazable», *Revista Iberoamericana de Economía Solidaria e Innovación Socioecológica: RIESISE 2* (2019), pp. 103-124.

¹¹ Lo cual no asume que la cultura aldeana es una parte de la sociedad del consumo y sus derivas simplificadoras y encauzadoras hacia una pseudocultura de masas. Para una visión de la aldea cosmopolita, véase Jaime Izquierdo Vallina, *La ciudad agropolitana. La aldea cosmopolita*, Oviedo, KRK, 2019.

sario otorgar protagonismo, ayudas y rentas mínimas a quienes apuesten por diversificar, integrar agricultura y ganadería, adaptar sus necesidades de insumos y energía al territorio y no a prácticas que no generan emancipación.

En tercer lugar, estas transiciones en los sistemas alimentarios, en la medida en que dialogan con el territorio, no pueden darse de manera aislada, será necesario *entenderse con otras*. Más allá de lo que sembremos en la tierra o nos llegue al plato, estos cambios suponen un replanteamiento de paradigmas económicos y sociales, una conquista o reconquista de territorios materiales e inmateriales, que necesariamente han de construirse de forma interseccional y en alianza con otros movimientos. Queremos recordar, por ejemplo, los inicios del Plan Nacional de Alimentación en la Escuela (allá por 2010 en Brasil), que permitía a las comunidades escolares comprar directamente producción local, favoreciendo el tejido productivo y por ende formas de vida campesina que pudiesen sostener procesos de soberanía alimentaria. Albergamos la esperanza de que la apuesta por salud, territorio y agroecología pueda unir a personas de diferente perfil para *construir un biosindicalismo alimentario*. Se necesitan alianzas que superen la compartimentación y que reflejen la complejidad de los sistemas que se pretenden transformar. Vemos ejemplos, aunque todavía mínimos, en iniciativas municipalistas o en espacios de economía social y solidaria¹². Estas alianzas conllevan entender la cooperación y la inclusividad, es decir, ampliar la diversidad en nuestras articulaciones, salir de las «estufitas calientes» y entenderse con otras, ya que la horquilla de diversidad determinará el grado de impacto y transformación que se pueda alcanzar; escalar hacia arriba y hacia los lados, incorporando una mirada interseccional¹³, poniendo el énfasis en prácticas de cerrar ciclos (mate-

¹² Véase J. L. Fernández «Kois», N. Morán y F. Prats, *Ciudades en movimiento. Avances y contradicciones de las políticas municipalistas ante las transiciones ecosociales*, Madrid, Foro Transiciones, 2019.

¹³ Leticia Urretabizkaia, «Ampliando las miradas de la soberanía alimentaria y el feminismo hegemónico: propuestas colectivas en las intersecciones de la cadena alimentaria», VI Congreso de Economía Feminista, Valencia, 2019.

riales, energéticos, mercantiles y políticos) tratando de obviar etiquetas, procedencias e ideologías entendidas como escudos cerrados frente a otros y otras.

Los mercados (globales) o la gobernanza supeditada a los intereses privados y de un Estado que mira hacia la alimentación como un negocio que mantener no son revulsivos ni pueden ser timones para una transición agroecológica. Como recordara Polanyi, los mercados no se autorregulan, ni el precio puede ser indicador de algo viable para la especie humana. Ambos son dogmas neoliberales que permean espacios de la llamada responsabilidad social corporativa o incluso de estrategias que apelan al «bien común» mediante la construcción mercantilista. El territorio como espacio que cuidar y alimentar, el entendimiento entre diversas economías con énfasis en los cuidados y la dinamización de nuevos sistemas agroalimentarios desde lo público-comunitario son la clave, una palanca insustituible, para el empuje social agroecológico.

¿Escogeremos la salida neoliberal o la salida agroecológica? La primera sólo puede mantenerse incrementando progresivamente los niveles de violencia, desigualdad, exclusión social y depredación de territorios. Otras prácticas, otras conciencias están cultivando ya otras sociedades. En la disputa nos va no sólo nuestra capacidad para romper cercamientos y (re)construir autonomía social, base de toda resiliencia, sino también la oportunidad de reconquistar cuerpos, lazos y un hogar en el que vivir de forma digna.





Del *boom* del turismo urbano al freno a los desplazamientos

Ibán Díaz

INTRODUCCIÓN

El abrupto freno a los desplazamientos en marzo de 2020, a raíz de la pandemia de la covid, ha terminado de definir un *boom* del turismo urbano que se venía desarrollando desde la recuperación económica posterior a la crisis de 2008. Esta fase de crecimiento del sector ha sido especialmente relevante por su intensidad y ha venido caracterizada por una intensificación de la especialización turística y por una expansión de la misma a nuevos espacios.

El auge de la actividad turística espolea y viene soportado por un proceso de urbanización que la sitúa en el centro de lo que Henri Lefebvre denominaba la *fábrica urbana*. Implica tanto la urbanización de los espacios litorales y rurales de interior como, muy notoriamente, la reestructuración y refuncionalización de las áreas centrales de las ciudades con cierto peso del turismo cultural. Uno de los espacios más afectados ha sido el Mediterráneo europeo, regiones urbanas con características similares y cuya especialización turística es quizá de las más antiguas del mundo. El Sur de Europa, que había tenido un tipo de integración económica periférica y subordinada en los procesos de industrialización desde el siglo XIX, a partir de la segunda mitad del XX pasa a integrarse en gran medida como espacio turístico y de ocio vinculado y de absorción de capitales sobrantes de las regiones industrializadas. Este proceso de especialización, que tiene un siglo en lugares como Venecia o Sevilla, se ha visto reforzado en el último tiempo, durante el cual muchas de estas ciudades han batido récords de visitantes y han expandido sus áreas turísticas y el nivel de especialización de sus áreas centrales. La relevancia de los procesos socio-espaciales desencadena-

dos ha suscitado una cierta conflictividad, provocando protestas y la proliferación de modismos como *turistificación* o *turismofobia*.

El impacto de la crisis en ciernes sobre este tipo de economías va a ser más intenso, si cabe, que en otras regiones del globo, principalmente debido a la fuerte dependencia del turismo para la creación de empleo y la entrada de divisas. El daño económico por el freno de la actividad será prácticamente global, a lo que se suma que ya había una crisis en ciernes, en la que la destrucción de capital se verá acelerada por la cuestión virológica. Como en la crisis de 2008, las economías menos productivas y más dependientes para su crecimiento del sector inmobiliario-financiero sufrirán más. No obstante, las nuevas limitaciones a la movilidad y la desconfianza de cara a los desplazamientos transfronterizos como consecuencia de la pandemia añaden un matiz que multiplica los efectos para economías basadas en la existencia de estos desplazamientos. El desempleo y el endeudamiento podrían cebarse con este tipo de territorios, algo que, aunque empieza a vislumbrarse, probablemente no podamos comenzar a dimensionar hasta 2021.

Paradójicamente, este contexto no tiene por qué ser propicio a un cuestionamiento de la dependencia turística. Durante el periodo que va desde 2012 hasta 2020 aumentaron las críticas a los impactos negativos de un turismo excesivo y concentrado, pero curiosamente la mayor parte de estas iban dirigidas a lo que podríamos denominar epifenómenos de la especialización turística, siendo más escaso el cuestionamiento a nivel estructural, en términos de roles en la división internacional del trabajo. Hoy existe un enorme consenso sobre el carácter invariablemente benéfico del sector turístico, que no es gratuito, sino que responde a la forma que adoptó el proceso de modernización de las regiones tradicionalmente subdesarrolladas del Sur de Europa. En estas, el complejo turístico e inmobiliario-financiero se ha erigido en la base del desarrollo económico, mejorando sin lugar a dudas las condiciones de vida en estos territorios. No obstante, en la actualidad este mismo proceso dificulta cualquier cuestionamiento de la apuesta sin matices al turismo. En este escenario, el principal argumento de este texto es que la covid expone, no por primera vez pero sí con más fuerza, las debilidades de la especialización

turística, como una economía vinculada a un proceso de urbanización de carácter extractivo y rentista que debe ser superada.

El primer apartado se dedica a exponer las características del *boom* turístico entre 2012 y 2020. Estas fechas delimitan un periodo de crecimiento del sector, vinculado a la recuperación económica de la crisis de 2008. La relación con la crisis previa muestra el carácter fuertemente cíclico y vulnerable de estas economías. Este epígrafe observa también algunas de las características y vulnerabilidades del proceso de urbanización asociado a este complejo, en concreto el problema del turismo cultural y del desplazamiento en las áreas centrales de las ciudades a partir de la emergencia de los alquileres turísticos ofrecidos por plataformas *online*. Gran parte de la problematización del ciclo turístico se ha centrado en el análisis micro, lo que podría ser una consecuencia más del consenso ideológico sobre la falta de alternativas viables a la especialización turística. Ante esto, el segundo apartado vuelve la mirada hacia las raíces estructurales de la cuestión. Se sintetiza aquí un argumento sobre el Mediterráneo europeo y su modernización en la segunda mitad del siglo XX como un desarrollo que oculta el subdesarrollo, apuntando a las características extractivas, neocoloniales y rentistas del modelo. Finalmente, el tercer epígrafe se centra en los efectos de la pandemia de la covid sobre este tipo de economías. Se argumenta, en este sentido, que las economías dependientes del turismo presentarían una sobreexposición a las crisis cíclicas del capitalismo global, amplificadas por las medidas sanitarias contra la pandemia adoptadas de manera reciente. Asimismo, se valoran las primeras reacciones políticas frente a la debacle económica, mostrando su relación con un potencialmente pernicioso consenso ideológico en torno al modelo turístico.

EL *BOOM* TURÍSTICO DEL PERIODO 2012-2020 Y SU IMPACTO SOBRE LAS CIUDADES

La recuperación económica desde 2012 y el inicio de las políticas de restricción de movilidad en marzo de 2020 definen claramente una fase alcista del sector turístico. Un auténtico

boom con características propias. La crisis de 2008 tuvo su origen en el sector inmobiliario-financiero, una burbuja que repetía, hasta cierto punto, el tipo de crisis de principios de la década de los noventa. El capitalismo posterior a los años setenta ha venido incrementando cada vez más el rol de la deuda y de la producción de capital ficticio en la economía, desligado de la actividad productiva. Una financiarización creciente de la economía permitida por el rápido desarrollo de las telecomunicaciones¹. En este marco de flujos de capital global y endeudamiento familiar, el sector inmobiliario-financiero ha tendido a sobredimensionarse y a generar enormes burbujas que sostienen un aparente crecimiento de la riqueza cristalizado en la inflación acelerada de los activos inmobiliarios, que acaba derrumbándose periódicamente después de un tiempo, como un gigante con los pies de barro o como una inmensa estafa piramidal². La crisis de 2008 impactó en primer lugar en las economías más volcadas sobre el mencionado sector. También afectó rápidamente a las economías dependientes del turismo, como consecuencia de la reducción de los desplazamientos en el contexto de incremento del desempleo e incertidumbre generalizada que acompaña a toda crisis económica. Sin duda, el impacto fue menor y más tardío en territorios con economías productivas e innovadoras, también en los productores primarios, aunque en un mundo interconectado, más temprano que tarde, el impacto del derrumbe financiero llegó a todos los rincones del planeta.

A la hora de narrar la crisis de 2008 David Harvey³ señalaba que la manera en que habíamos salido de la última crisis explicaba mucho de la presente. La tendencia a sustituir el vínculo entre incrementos de la productividad y salarios crecientes por la especulación financiera y el endeudamiento familiar como

¹ Véanse D. Harvey, *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Madrid, Akal, 2012, y M. Aalbers, *The Financialization of Housing: A Political Economy Approach*, Londres, Routledge, 2016.

² J. M. Naredo, *La burbuja inmobiliario-financiera en la coyuntura reciente*, Madrid, Siglo XXI de España, 1996.

³ D. Harvey, *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, op. cit.

motor del consumo, después de la crisis de la década de los setenta, está claramente en el origen de la burbuja que estalla en 2008. De igual manera, la forma en que se salió de la crisis de 2008 puede explicar mucho de la actual. Un primer dato relevante es que las economías más vulnerables, volcadas en exceso sobre un modelo rentista y especulativo, por lo general, siguieron insistiendo en el mismo modelo de acumulación con pocas variantes. Al mismo tiempo, ante la imposibilidad de que la construcción y el sector inmobiliario volvieran a soportar la creación de empleo y riqueza en los niveles anteriores a 2008 (muchas de las oportunidades que permitieron la fase alcista del ciclo se habían agotado), el motor de la economía se desplazó en gran medida al turismo. El desarrollo del sector turístico y del inmobiliario-financiero había venido de la mano desde la década de los setenta, pero el primero, aunque sufrió el impacto de la crisis, fue mucho menos duradero y, con posterioridad al periodo de depresión, seguía ofreciendo oportunidades para su crecimiento.

La crisis supuso un freno a los desplazamientos que se dejó notar especialmente entre 2008 y 2010. No obstante, desde entonces, los números del turismo internacional crecieron año tras año a un ritmo notable, con más 1.400 millones de turistas internacionales en 2018. Ese año España superó a Estados Unidos en número de visitantes extranjeros, siendo el segundo país que más recibió después de Francia. En 2019 batió de nuevo su récord, aproximándose a los 84 millones de turistas⁴. Estos se distribuyen de manera muy desigual. Los territorios insulares, el litoral y las grandes ciudades del Mediterráneo europeo se llevaron una parte importante, batiendo récords año tras año. En 2019, las Islas Baleares recibieron más de 16 millones de turistas y Andalucía, más de 32 millones. Durante este nuevo *boom*, el turismo de sol y playa había agotado en gran parte sus posibilidades de expansión tras muchas décadas de crecimiento. Las reglamentaciones ambientales y la falta de nuevas oportunidades de inver-

⁴ Esta información es fácilmente accesible en UNWTO, *Tourism Statistics*, 2020, disponible en [<https://www.e-unwto.org/toc/unwtotfb/current>].

sión parecían forzar al sector a reconducirse hacia un turismo más elitista en el litoral mediterráneo. Sin embargo, surgirían otras zonas de oportunidad para la masificación, como la continuación de la urbanización de las antiguas zonas rurales de interior y la expansión de las zonas turísticas en áreas urbanas, todo apoyado no tanto por el incremento de plazas hoteleras, que también se ha producido, como por la irrupción del fenómeno de los alquileres turísticos.

El incremento de los flujos de visitantes en este ciclo ha estado ligado, como viene siendo habitual, a las innovaciones en los medios de comunicación y transporte, quizá de manera más notoria que en otros periodos. En primer lugar, se encuentra el efecto acumulativo de las innovaciones en los medios de transporte. El combustible barato, la competencia entre las aerolíneas y el abaratamiento de los costes han permitido un incremento constante del número de pasajeros. También el abaratamiento y la expansión del turismo de cruceros, con un impacto más localizado en las ciudades portuarias, pero con una capacidad enorme de alterar el desarrollo urbano de estas, como han comprobado ciudades como Venecia o Cádiz.

En segundo lugar, se encuentra el impacto de internet, de la economía colaborativa y, en concreto, de lo que en principio vino a referirse como *home sharing*. Plataformas como Airbnb o Homeaway irrumpieron precisamente en el inicio de la crisis de 2008 y se consolidaron en el proceso de recuperación económica de la misma. La primera oficina de Airbnb en España (Barcelona) se abre en 2012, una fecha en la que empiezan a notarse los efectos de este tipo de actividad sobre los mercados urbanos de alquileres. Esta práctica apareció en principio con los ropajes de la economía social, permitiendo a particulares conseguir un ingreso extra alquilando una cama o una habitación de su propia vivienda. Aunque este tipo de práctica no deje de tener vigencia, la multiplicación de los alquileres turísticos desde 2012 ha venido acompañada de la profesionalización del sector. En las grandes ciudades mediterráneas, aunque la mayor parte de propietarios que participan de estas plataformas son particulares, la gran mayoría de las viviendas son ofertadas

por operadores profesionales. Además, como el resto de la su-
puesta economía colaborativa, el *home sharing* presenta el pro-
blema de escapar a las regulaciones existentes, lo que permitió
un crecimiento sin parangón de este tipo de alojamiento. Esto
ha permitido una oferta creciente, con gran competencia, que
ha acompañado y facilitado el crecimiento de los desplaza-
mientos, abaratando los costes de alojamiento y multiplicando
las posibilidades de los mismos. También ha desempeñado un
papel determinante en ampliar las zonas de actividad turística,
al facilitar el acceso con pernoctación a nuevas áreas. Asimis-
mo, tiene un papel determinante en el sector de la vivienda y en
el proceso de urbanización, contribuyendo a la inflación de los
alquileres y alimentando la demanda de construcción de nue-
vas viviendas.

Probablemente las primeras menciones a la *turismofobia* apa-
recen en prensa en Barcelona desde 2008 para referir la existen-
cia de un conflicto creciente entre el incremento de turistas y los
residentes habituales de la ciudad. Este tipo de denuncias tuvie-
ron gran importancia en Barcelona durante toda la fase de *boom*
turístico y se expandieron a otras ciudades como Madrid o Lis-
boa. También a ciudades de rango inferior como Valencia y Sevi-
lla. En muchos casos dieron lugar al nacimiento de plataformas o
asociaciones que denunciaban este tipo de conflictos, habitual-
mente en relación con el crecimiento de los alquileres turísticos
en áreas tradicionalmente residenciales.

El término *turismofobia* ha venido acompañado por el de *tu-
ristificación*. En realidad, esta noción, y otras, como *balneariza-
ción*, se utilizan desde hace al menos tres décadas en la academia
hispanoparlante, generalmente para referir la capacidad del sec-
tor turístico para destruir el patrimonio natural, cultural y etno-
lógico de un territorio. El término *turistificación* parece impor-
tarse en gran medida de la academia latinoamericana a la
española en este contexto de *boom* turístico y notoriamente en
relación con la denuncia de los efectos de los alquileres turísticos
no regulados. Aproximadamente desde 2013 se suma el término
sobreturismo (*overturism*) en el ámbito anglosajón (prensa, políti-
ca y academia), llegando incluso a merecer la atención de orga-

nismos internacionales como la Organización de Naciones Unidas o el Consejo Europeo⁵.

Hay abundante evidencia empírica sobre los perjuicios que ha causado el turismo intensivo y los alquileres turísticos durante este periodo, los cuales han afectado, en primer lugar, a las áreas centrales, a aquellas que tradicionalmente han sido espacios turísticos y a otras, habitualmente zonas residenciales obreras o sectores industriales de la ciudad histórica, que han sido integrados recientemente en los circuitos turístico-comerciales. La inflación de los alquileres en estas áreas y la progresiva reducción de la oferta habitacional convencional conforme crecía el alquiler turístico cuentan con datos bastante fiables y se han publicado numerosos trabajos al respecto⁶.

El conflicto entre los usos turístico-comerciales y residenciales en las áreas centrales tiene cierto recorrido en casi cualquier ciudad de determinado tamaño del Sur de Europa. En el urbanismo mediterráneo, alejado del modelo de suburbanización en torno a un *central business district* anglosajón, los centros históricos han tendido a combinar usos residenciales con tendencias a la terciarización, a menudo ligada a cierta *turistización* temprana dependiendo de la ciudad. La sangría demográfica de los centros históricos durante el siglo XX ha sido un problema típico tratado por los urbanistas, fruto de una combinación de terciarización con la descapitalización de la edificación residencial y la valorización de nuevos sectores alejados del centro con mayor capacidad de atraer población de distintos estratos sociales. Esta tendencia va a invertirse en muchas ciudades desde la década de

⁵ UNWTO, *Overtourism? Understanding and Managing Urban Tourism Growth beyond Perceptions*, 2018, disponible en [<https://www.e-unwto.org/doi/book/10.18111/9789284420667>].

⁶ La bibliografía sobre este asunto es muy abundante. Algunos buenos trabajos sobre la cuestión de la península son los de A. Cocola-Gant y A. Gago, «Airbnb, buy-to-let investment and tourism-driven displacement: A case study in Lisbon», en *Environment and Planning A: Economy and Space* (2019), pp. 1-18, y J. Sequera y J. Nofre, «Shaken, not stirred: New debates on touristification and the limits of gentrification», *City* 22 (2018), pp. 834-855.

los noventa, en algunos casos fruto de procesos de colonización de clases medias locales, en otros por el asentamiento de migrantes extranjeros y en otros por una combinación de ambos. Sin embargo, el auge del supuesto *home sharing* desde 2012 genera nuevos efectos expulsivos por la conversión de alquileres convencionales en alojamientos turísticos. Por ejemplo, en Sevilla, el centro histórico, que ganaba población todos los años desde el cambio de siglo, entre 2012 y 2019 pierde unos 3.000 residentes⁷.

Además, la inflación del alquiler ha afectado al conjunto de la ciudad. Más allá de que la apuesta del capital inmobiliario por el alquiler y la consecuente burbuja especulativa puedan tener varias razones, el impacto del alquiler turístico ha sido indudable. Podría hablarse de una inflación escalonada, en la que los precios prohibitivos de barrios más o menos céntricos aumentan la presión sobre otros espacios residenciales antes menos cotizados, empujando los precios al alza. Este efecto se expande a los sucesivos barrios de la ciudad, de tal forma que todos los hogares en régimen de alquiler pueden potencialmente sufrir los efectos de la concentración de alquileres turísticos.

Más allá de la existencia de un desplazamiento forzoso, los conflictos entre residentes y turistas se han multiplicado. La masificación de turistas sobre espacios residenciales preexistentes genera un efecto en el que los vecinos experimentan una alienación respecto del barrio que habitan. La población siente que la ciudad (o el barrio) le ha sido arrebatada por el turista y que sus transformaciones escapan a su control. De la experiencia de ser parte de un barrio, de un vecindario, sobre el que se tenía cierto control cotidiano, se pasa a un entorno siempre cambiante en el que es imposible entablar relaciones estables. La alienación espacial sería aquí lo contrario de un espacio urbano apropiado

⁷ J. Jover e I. Díaz, «Who is the city for? Overtourism, lifestyle migration and social sustainability», *Tourism Geographies* (2020), disponible en [<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14616688.2020.1713878>].

por sus habitantes⁸. El espacio turístico en las ciudades contemporáneas está en constante transformación: cambian los comercios, cambian los usos del espacio público y cambia la gente al ritmo de los alquileres vacacionales. Con el *boom* turístico muchos barrios céntricos han entrado en una nueva aceleración de la destrucción creativa del espacio, en la que todo envejece rápidamente y se renueva para recibir nuevas rondas de inversión. Y esto se vuelve a extrapolar al conjunto de la ciudad. Los principales lugares de significación, de fiestas populares, de identidad colectiva, le son enajenados al conjunto de la población, que deja de reconocerse en ellos, generando efectos sobre la identidad y la capacidad de acción colectiva. Las zonas centrales se van haciendo inaccesibles para cualquier uso no turístico o comercial (precios prohibitivos, plazas impracticables, exceso de control sobre el espacio público, etcétera).

EL MONOCULTIVO TURÍSTICO COMO MODELO

Los mencionados con anterioridad no son sino una parte de los epifenómenos asociados a la especialización turística, concretamente aquellos más claramente vinculados a la estructura urbana y su problematización. Sin embargo, la especialización turística en gran parte del Mediterráneo europeo no es solo una actividad puntual que pueda tener cierto tipo de efectos regulables o incluso compensables en determinados espacios urbanos. Se trata de un modelo que sostiene la economía y, por ende, las instituciones en esta región y que está íntimamente ligado al proceso de urbanización en su conjunto en el último siglo.

El turismo supone prácticamente por definición una redistribución de riqueza entre territorios receptores y emisores de turistas, por ejemplo, entre regiones urbanas y regiones rurales o,

⁸ I. Díaz y J. Jover, «Overtourism, place alienation and the right to the city: insights from the historic centre of Seville, Spain», *Journal of Sustainable Tourism* (2020), disponible en [<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/09669582.2020.1717504>].

a otra escala, entre el Norte y el Sur de Europa. Esto ha llevado al turismo a convertirse en una panacea para impulsar el desarrollo en regiones desfavorecidas. Por supuesto, las grandes capitales europeas del Norte son algunos de los puntos más visitados del planeta. Sin embargo, la situación es notablemente diferente entre regiones urbanas, para las cuales los beneficios del turismo son un complemento a su base económica, y aquellos territorios que han tendido a especializarse en el sector turístico y en los que aparentemente no existen alternativas viables para proporcionar unos estándares de vida razonables a su población. Esta es la situación de una parte importante del Sur de Europa, que ha apostado desde hace más de medio siglo por este tipo de economía como su vía al desarrollo. Es también un planteamiento expandido por todo el mundo como una fórmula mágica para regiones donde han fracasado los procesos de industrialización y que cuentan con una inserción claramente desfavorable en el mercado capitalista global; la apuesta por el turismo es una alternativa que ha tendido a ser aceptada por gobiernos y agentes económicos de manera acrítica.

Hace ya casi cincuenta años, Henri Lefebvre denunciaba cómo las ciudades mediterráneas se estaban transformando en mercancías para el consumo de alto estándar de extranjeros, turistas y visitantes, mezclando el espacio de consumo y el consumo de espacio. En el Sur de Europa, la ausencia de industrialización habría encontrado un sustituto en el desarrollo de un circuito no productivo de acumulación sostenido por el turismo y por el sector inmobiliario-constructor. Lefebvre incidía en la función del urbanismo y de lo inmobiliario en el capitalismo contemporáneo, desempeñando un papel como circuito alternativo al de la producción. Este sector habría tenido el rol estratégico de absorber los choques producto de los ciclos económicos. En caso de depresión económica, los capitales afluirían hacia este sector⁹.

⁹ Estas cuestiones son recurrentes en las principales obras de H. Lefebvre anteriores a *La producción del espacio: El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península, 1969; *La revolución urbana*, Barcelona, Península, 1972, o *Espacio y política*, Barcelona, Península, 1976.

Esta idea está más desarrollada y sistematizada en la obra posterior de David Harvey, aunque sin hacer referencia a esta regionalización en concreto. En su libro *El nuevo imperialismo*, Harvey utiliza la idea del circuito secundario de Lefebvre (que ya venía desarrollando en sus obras anteriores desde el inicio de la década de los ochenta) para explicar el imperialismo y su realidad actual, siguiendo la tradición marxista de poner en diálogo las necesidades de la acumulación de capital con las relaciones geopolíticas. El geógrafo parte de la tendencia del capitalismo a desembocar en crisis de sobreproducción como consecuencia de la competencia intercapitalista. Harvey habla de un ajuste espacio-temporal que sería una solución a la crisis a través de dilaciones temporales y expansión geográfica, implicando maneras diversas de absorber el capital y el trabajo excedente¹⁰. Para evitar la *sobrecumulación*, los capitales sobrantes pueden ser absorbidos, en primer lugar, por un desplazamiento temporal a través de inversiones a largo plazo, principalmente en infraestructuras: transporte, viviendas, etc., lo que implica la exacerbación del proceso de urbanización. En segundo lugar, por desplazamientos espaciales abriendo nuevos mercados, nuevos espacios colonizados, donde enviar los excedentes generados en el aparato productivo y que conducen eventualmente a la sobreproducción. La urbanización del Mediterráneo europeo, si hacemos caso a Lefebvre, sería una combinación perfecta de ambos. Un modelo en el que los excedentes de los países industrializados del Norte, amenazados por la sobreproducción, serían desviados a estos circuitos no-productivos del Sur, mientras los centros financieros del Norte controlan los flujos de capital y turistas generando una relación de subordinación y dependencia. Para este autor, el turismo urbano en las ciudades del Sur de Europa se convertía en una forma de «neocolonización»¹¹. Este modelo crearía una aparente riqueza que oculta el subdesarrollo y la dependencia política y econó-

¹⁰ Diferentes formulaciones de esta teoría son recurrentes en la obra de Harvey. Véase D. Harvey, *Limits to Capital*, Nueva York, Verso, 2006 o D. Harvey, *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004.

¹¹ H. Lefebvre, *Espacio y política*, cit., pp. 176.

mica, que emergería especialmente en los momentos de crisis. El sector inmobiliario financiero tiene unos efectos multiplicadores débiles y pocas actividades inducidas. Genera beneficios fabulosos y rápidos, a menudo de carácter especulativo o rentista, sin mediar ningún tipo de producción, pero tiene consecuencias negativas a largo plazo.

En España se ha podido ver, en el curso de esos años de rápido desarrollo, durante esa famosa década, cómo el capitalismo español se iba atascando en lo inmobiliario y construía una gigantesca fachada moderna que enmascaraba el subdesarrollo existente. En determinados países, tales como España y Grecia, ese sector se ha tornado esencial, dentro de una economía que requiere intervenciones sobradamente conocidas para el que las quiera aplicar¹².

La manera en que este complejo inmobiliario financiero se ha construido sobre y para el turismo es bien conocida. Durante la segunda mitad del siglo XX se pasó de las ciudades balneario a la urbanización del litoral mediterráneo para su uso turístico. La Costa del Sol, la Costa Azul, igual que los territorios insulares, han quedado totalmente absorbidos por un proceso de urbanización extensivo. Poco a poco el auge del turismo cultural y rural, promovido por las políticas de desarrollo a nivel europeo, han desplazado estas lógicas a las zonas rurales de interior y al interior de las grandes ciudades¹³.

La cuestión es que las sucesivas modernizaciones llevadas a cabo con base en este modelo han traído mejoras innegables respecto a la calidad de vida de muchos de estos territorios. Buena parte de estas economías se encontraban, ya avanzada la segunda mitad siglo XX, con un fuerte déficit en infraestructuras de todo tipo, una economía primaria exportadora, proveedora de mano de obra para las regiones industrializadas, y una enorme precariedad en las condiciones de vida de su población rural y urbana.

¹² *Ibid.*, p. 56.

¹³ Véase M. A. Troitiño Vinuesa, *El turismo en las ciudades históricas*, León, Universidad de León, 1995.

Las mejoras en las condiciones de vida son indiscutibles. La mejora en el nivel de infraestructuras de transporte y de otro tipo, o incluso cierto freno a las migraciones laborales, han sido muy relevantes, implicando cierto reequilibrio territorial. No obstante, también parece innegable el hecho de que estas mejoras se llevaron a cabo bajo un modelo extremadamente vulnerable y dependiente. Un desarrollo que ha ocultado el mantenimiento de las condiciones de subdesarrollo. Hay varias razones para sostener hoy este viejo argumento de Lefebvre.

En primer lugar, gran parte de las estructuras propias del modelo agro-exportador y dependiente se han mantenido en el complejo turístico e inmobiliario-financiero, reproduciendo un rol periférico y subordinado en la economía europea y mundial. La clase trabajadora en este tipo de territorios se aproxima a un trabajador que se ha adaptado a situaciones de precariedad y extrema eventualidad. La mendicidad estacional que acosaba al jornalero se traslada a la dependencia de los subsidios. En el otro lado, una clase capitalista débil, mayormente iliberal, que ha pasado del rentismo a identificar riqueza con «revender con beneficio» y que depende enormemente de la inversión y la iniciativa exterior¹⁴.

En segundo lugar, el modelo tiene un carácter extractivo. La idea de extractivismo urbano puede ser contradictoria en sí misma, en la medida en que el propio proceso de urbanización es siempre extractivo en relación con un cierto *hinterland* rural o natural. Sin embargo, es una metáfora que adquiere cierto sentido en las situaciones que se están describiendo. La noción de extractivismo encuentra su mejor expresión en las economías mineras, en las que empresas multinacionales explotan los recursos minerales hasta su agotamiento, solo dejando en el territorio salarios de miseria y contaminación. Este fue, por ejemplo, el modelo de explotación minero del noroeste andaluz bajo el control de la británica Rio Tinto Company Limited. De manera similar,

¹⁴ Para el caso de Andalucía véase C. Arenas-Posadas, *Poder, economía y sociedad en el sur. Historia e instituciones del capitalismo andaluz*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2016.

el modelo de especialización turística se basa en el despojo del patrimonio natural y cultural de un territorio. Del déficit de infraestructuras se ha pasado a un sobredimensionamiento ilógico de las mismas, con el litoral totalmente cubierto por complejos hoteleros y de vivienda y con los espacios naturales acosados por múltiples infraestructuras de transporte, campos de golf y segundas residencias. Este proceso de urbanización apoyado en el turismo ha implicado la práctica erradicación del patrimonio etnológico del litoral, de la misma manera en que el sobreturismo cultural en las ciudades está acabando de finiquitar las formas de vida y la cultura urbanas alojadas en los centros históricos y prácticamente la posibilidad de vida cotidiana en los mismos¹⁵.

Si bien este modelo ejerce de sostén del rentismo tradicional de la clase alta y de la comodidad de ciertas clases medias, es indudable que deja en el territorio principalmente salarios con escasa capacidad de ahorro. Los periodos de auge y crecimiento económico del sector muestran cómo este convive con un desempleo estructural enorme, insostenible en otros contextos. En el momento de auge del último *boom* turístico, territorios como Grecia, el Mezzogiorno, Andalucía o Canarias mantenían tasas de desempleo por encima del 20 por 100 que en los periodos de crisis pueden llegar a duplicarse. Aunque el turismo absorba también trabajo cualificado y bien pagado, la gran mayoría de los trabajadores del sector tienen una cualificación media-baja, con tasas enormes de eventualidad (rasgo que comparte con la construcción y que justifica el rápido incremento del desempleo en los periodos de crisis), con una gran proporción de empleo a tiempo parcial no deseado y eventualidad, rasgos que se han intensificado en muchos casos durante el último *boom* turístico¹⁶.

Finalmente, se trata de un modelo fuertemente sensible a las crisis globales. El modelo es una economía basada en el capital

¹⁵ Véase M. Delgado-Cabeza y L. del Moral (eds.), *Los megaproyectos en Andalucía. Relaciones de poder y apropiación de la riqueza*, Sevilla, Aconcagua, 2009.

¹⁶ Véase I. Murray, *Capitalismo y turismo en España*, Barcelona, Alba Sud, 2015.

ficticio, economía especulativa y en su mayor parte improductiva, extremadamente vulnerable a las crisis financieras que de forma cíclica acosan al capitalismo global. Tuvimos un ejemplo reciente en la crisis de 2008, durante la cual la movilidad turística se vio drásticamente reducida y el sector de la construcción y la compraventa de inmuebles quedó prácticamente paralizado. Los niveles de desempleo y de endeudamiento se dispararon en estos contextos, llevando casi a una década perdida. La crisis de 2008 no fue excepcional; este tipo de crisis se repiten cíclicamente y son especialmente dañinas con estas economías sobreexpuestas a los vaivenes de los mercados financieros y los flujos de turistas. Antes tuvimos la de 1992-1996 y, aún antes, la de 1983-1985¹⁷. Estas crisis son cada vez más destructivas y antes de la llegada de la covid ya aparecían signos de una desaceleración que iba a impactar en esta ocasión sobre la burbuja turística y de alquileres. La pandemia ha acelerado y probablemente empeorado todo¹⁸.

EL PROBLEMA DE LA PANDEMIA Y EL PROBLEMA DE LA POLÍTICA

Las consecuencias de la pandemia de la covid para este tipo de economías pueden ser catastróficas. El virus ha acelerado una crisis en ciernes, pero además suma un parón sin precedentes en los desplazamientos ociosos, lo que evidentemente afectará a las economías más dependientes del turismo. Durante un tiempo inde-

¹⁷ Véase E. Rodríguez-López e I. López-Hernández, *Fin de Ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

¹⁸ Durante los doce meses anteriores al inicio del confinamiento eran frecuentes las noticias alertando sobre la desaceleración de los precios y un nuevo cambio de ciclo. Véanse, por ejemplo, M. J. Pérez-Barco, «La sombra de la desaceleración ya se extiende sobre el ladrillo», *ABC*, 27 de septiembre de 2019, disponible en [https://www.abc.es/economia/inmobiliario/abci-sombra-desaceleracion-extiende-sobre-ladrillo-201909270143_noticia.html] o Redacción «La vivienda acusa la desaceleración y la madurez de su ciclo de crecimiento», *El País-Cinco Días*, 10 de febrero de 2020, disponible en [https://cincodias.elpais.com/cincodias/2020/02/07/opinion/1581100026_715112.html]

finido el volumen de visitantes se verá tremendamente afectado. La mayor parte del turismo se hará a corta distancia y dentro de los límites estatales, y la recuperación de una situación como la de 2019 puede estar lejana o no producirse. Es importante identificar los impactos de esta crisis sobre los territorios dependientes del turismo porque nos están indicando un coste de sobreexposición a las crisis, no solo epidemiológicas. Hay al menos tres aspectos clave que explican este sobre coste para estos países.

En primer lugar, está la cuestión de la destrucción de empleo. Los empleos directamente generados por el turismo van a ser los primeros afectados por la situación, pero no son los únicos. En este tipo de territorios, el comercio, la hostelería y el transporte se ven afectados directamente por el freno a los desplazamientos, que supone un impacto enorme en las economías de litoral e insulares, donde este tipo de empleo puede implicar a una parte muy relevante de la población. Además, esto no afecta solo a los enclaves turísticos, sino que también tiene repercusiones en regiones y ciudades que suministran mano de obra temporal que se desplaza periódicamente. La crisis avoca a un nuevo parón en la construcción, que, al igual que la hostelería y el comercio, puede perder muy rápidamente un alto volumen de empleos por la elevada eventualidad. La pérdida de empleo se extiende a otros supuestamente más cualificados, como la intermediación inmobiliaria y financiera, que ocupa también a una buena parte de la población en estos territorios. Como en cualquier crisis, un rápido crecimiento del desempleo en estos sectores se contagiará rápidamente al comercio en general, que depende en su mayor parte del consumo de los trabajadores. Además, no es descartable que algunas industrias clave en estos territorios se vean afectadas, como la naval y la aeronáutica. Este problema de desempleo puede convertirse en un problema de subsistencia para muchas familias. El predominio de un tipo de empleo de cualificación baja y mal pagado hace que la capacidad de ahorro de la clase trabajadora en estos territorios sea mucho menor que en otros con mejores condiciones laborales. En estos contextos son muy numerosas las familias que viven al día, lo que implica que una gran cantidad de población pasará a depender directamente de

los subsidios estatales y de la capacidad de la sociedad de articular redes de solidaridad¹⁹.

En segundo lugar, la interrupción de las visitas internacionales supone una sangría en cuanto a la entrada de divisas. El turismo no es una exportación y, sin embargo, funciona en cierta medida como tal, porque implica un flujo constante de dinero cruzando las fronteras. Los desplazamientos cercanos intrafronterizos pueden implicar la redistribución de riqueza dentro de ese territorio o, en todo caso, como alternativa a las salidas al extranjero, una divisa que no se pierde. Pero la pérdida del turismo extranjero es difícilmente reemplazable, ya que supone una pieza clave de la balanza comercial para muchas regiones. En otros términos, la entrada de euros por este medio, unida a las exportaciones, compensa la importación de todo lo que consume la población y que no se produce en el propio territorio, que, en muchos de estos casos, es casi todo. Hemos visto cómo algo tan básico como mascarillas (por no hablar de otros suministros médicos más complejos, como los respiradores) deben importarse. Si se importa casi todo y esto no se compensa comercialmente, la única opción es el endeudamiento de las instituciones del Estado, algo a lo que aboca también la necesidad de afrontar la crisis social generada por el crecimiento del desempleo. Aunque la Unión Europea esté dispuesta a proveer de liquidez a estas economías, habrá que ver hasta qué punto y bajo qué condiciones. Resulte como resulte, el endeudamiento de los países del Sur de Europa será significativo, en ocasiones desastroso, y va a redundar en una mayor subordinación de los países receptores.

Por último, el parón nos deja una gran cantidad de infraestructuras infrautilizadas, a veces de un nivel muy alto incluso para estándares europeos y, por ello, difíciles y costosas de mantener. Esto es evidente en las infraestructuras de transporte, que pueden sufrir un rápido deterioro y que absorben una buena cantidad de los presupuestos públicos. También en las infraestructuras privadas, incluida la vivienda, que se enfrenta no solo al deterioro que

¹⁹ Esta cuestión se trata en el texto de J. Sequera incluido en esta misma obra.

somete el tiempo a todo lo humano, sino a una rápida pérdida de valor de los activos inmobiliarios por la paralización de las transacciones. Esto parece un resultado inevitable del estallido de la burbuja de alquileres alimentada por los alquileres turísticos, pero que inevitablemente se contagiará a la devaluación del alquiler convencional y a la vivienda en venta, con precios en su mayor parte compuestos por un inflado precio del suelo de naturaleza especulativa. Esto implica que el rentismo como forma de vida de parte de las clases acomodadas de estos territorios, incluidas ciertas clases medias, se verá seriamente amenazado, expandiendo el efecto de empobrecimiento por la crisis.

Nadie parece capaz de imaginar una alternativa real a algo que «medio funciona». En el prólogo a la *Contribución de la Economía Política*, Marx decía que los pueblos solo se plantean las tareas que pueden resolver, cuando cuentan con las condiciones materiales que permiten hacerlo. O quizá se las plantean solo cuando no tienen más remedio, como parecería decir Walter Benjamin en la cita que inicia este libro y que sirve de inspiración para su portada. Para escapar de un modelo basado en la precariedad, la dependencia y la destrucción de nuestro patrimonio cultural y natural, que ya ni siquiera funciona para la mayoría ¿no deberíamos virar hacia una economía más real, más productiva y respetuosa con el territorio? Pero la pregunta más importante es ¿quién lo va a plantear? Todos los agentes políticos parecen poner su esperanza en volver en alguna medida a lo de antes. Las soluciones pasan por seguir apostando por el turismo, la hostelería y la construcción. Recientemente, con muy pocas y honrosas excepciones, el discurso y la práctica política han seguido la senda ya transitada con anterioridad de buscar la solución a los problemas económicos potenciando los factores de la crisis. En Andalucía la covid está siendo una coartada perfecta para impulsar reformas neoliberales y la profundización en la economía más especulativa. Ha servido, en primer lugar, para acelerar el intento de la Junta por flexibilizar la normativa turística, facilitando la construcción de campos de golf (terriblemente escasos en el litoral, como sabemos) y el negocio inmobiliario. También se ha advertido sobre la necesidad de una nueva ley del todo urbanizable a nivel andaluz,

que permita dinamizar este sector, cuyo sobredimensionamiento ya nos ha arrastrado por dos crisis terribles en poco más de una década. A esto se suma el anuncio de la Junta de Andalucía de un recorte del 10 por 100 en el presupuesto de la universidad pública, destinado a alimentar el fondo para hacer frente a la crisis de la covid, una contribución desmedida en relación con el peso real de las universidades en los presupuestos autonómicos. Esto da una idea muy clara de la conciencia existente sobre Andalucía como un territorio de camareros, donde el dinero invertido en formación es un dinero perdido. Y esto no es solo patrimonio de la derecha. Los ayuntamientos de las ciudades de mayor tamaño toman medidas con una orientación similar, como es el caso del Ayuntamiento de Sevilla, su Plan 8 y su intención de promover una marca «*Covid free*» para atraer el turismo extranjero. El gobierno canario, por su parte, se ofrecía a pagar el test de la covid a los turistas que se aventuren en las islas. La salida del confinamiento en España ha venido presidida por la reanudación de La Liga profesional de fútbol, repleta de anuncios sobre el carácter seguro del turismo en este país, y la apertura de bares y veladores, mientras los colegios y los parques infantiles se han mantenido invariablemente cerrados y vigilados para evitar su uso. La apuesta de los gobiernos es insistir en el modelo, pero tampoco es que haya planteamientos alternativos mínimamente creíbles para la mayoría de la población.

Este consenso sobre el carácter totalmente benéfico del turismo no es gratuito, sino que responde a la forma en que se produjo el proceso de modernización de las regiones tradicionalmente subdesarrolladas del Sur de Europa. Este consenso ha sido por lo general transversal al arco parlamentario y tiene un carácter popular, plenamente inserto en el sentido común de la población. La legitimidad de las principales instituciones de estos territorios se sostiene sobre un modelo que proporciona ciertos niveles de vida y seguridad a su población. El complejo turístico e inmobiliario-financiero ha sido el motor de una economía que ha permitido unos servicios públicos que no solo dan servicio a la población, sino que alimentan una clase media vinculada al empleo público que sostiene una parte importante

del consumo interno. La especulación y el rentismo son la seña de identidad de la clase alta en estos territorios, pero este tipo de economía también ha supuesto una cierta democratización que ha permitido a una parte de la clase media pasarse a este rentismo. Los trabajadores manuales y de cualificación media-baja también han podido mantener un cierto nivel de vida a través del trabajo y de un sistema de provisión social bastante desarrollado. En España, podríamos decir que la legitimidad social de la Transición de la dictadura a la democracia liberal se ha jugado en una parte importante en este campo, implicando la permanencia de ciertos tipos de elites económicas, políticas y profesionales entre uno y otro periodo. También la legitimidad de la izquierda moderada de cara a los poderes fácticos se ha sostenido en parte sobre su complicidad o participación activa en el modelo, permitiéndole el acceso a las elites políticas del país.

El gran problema es que este consenso impide cualquier cuestionamiento de la apuesta sin reparos por el turismo, lo que puede suponer una ceguera política colectiva que avoque a este tipo de economías a la catástrofe. La crisis a la que nos enfrentamos, no por primera vez pero sí con más fuerza, expone las debilidades de la especialización turística, una economía vinculada a un proceso de urbanización rentista y especulativo. Hay que considerar la enorme importancia que tiene el turismo en la región. El desempleo y el endeudamiento galopante del Estado generarán un efecto pobreza que se reflejará en el deterioro de las condiciones de vida de una gran parte de la población. Cambiar hacia un tipo de economía menos dependiente y vulnerable, también menos agresiva con el territorio, no es algo que pueda hacerse de un día para otro. Sin embargo, romper el consenso ideológico sobre el turismo es fundamental para visualizar que la actual situación es resultado de decisiones políticas cuestionables. A su vez, quedarse en la crítica parece un esfuerzo inútil. En este contexto es igualmente fundamental ser capaz de plantear alternativas creíbles desde la política y que respondan a las necesidades y ansiedades de la mayoría de la población.